

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 20. — N° 420.

## SUMARIO.

Cafés del Barrada en Damasco; grabado. — Una visita á las Bernardinas de Anglet. — Revista de Paris. — El primer amor. — En el album de la señorita doña R. R. E. I. — Estatuas de Gutenberg y de Dionisio Papin; grabados. — Federico Guillermo IV y Guillermo I de Prusia; grabados. — Estatua de la Victoria alada del museo de Breecia; grabado. — Una historia inglesa. — Roma; grabados. — Los aventureros. — Antigua iglesia abacial de Echternach; grabado. — Nueva fachada del palacio de Bellas Artes en Paris; grabado. — El parque Central de Nueva York; grabado. — El mayor pesar. — Pobre amor tan bello! — Boletín científico. — Pieza de un juego de ajedrez regalado á Carlomagno; grabado. — Fábrica de papel en Argelia; grabado.

### Cafés del Barrada en Damasco.

Los cafés de tablas que se ven representados en nues-

tro dibujo, se elevan en las márgenes del Barrada. En esos cafés pintorescos han tenido lugar los conciliábulos secretos donde se premeditaron los horrosos degüellos que han ensangrentado la ciudad de Damasco. Algun tiempo antes de los acontecimientos de Siria, las riñas frecuentes que ocurrían allí habian alejado á los cristianos de esos cafés que aun sirven de punto de reunion á los hombres del viejo partido turco. Los cristianos han concluido al fin por formar un casino, compuesto de ingleses, franceses y griegos, y que cuenta en el dia un crecido número de miembros.

### Una visita á las Bernardinas de Anglet.

(Carta á un amigo.)

I.

Como á media distancia entre Bayona y Biarritz, en lo mas agreste y desolado de aquella costa bravía del

mar cantábrico, cuyos arenales impelidos del viento han formado á fuerza de siglos las series de colinas llamadas *Dunas*, que son uno de los datos mas seguros en que suelen los geólogos fundar sus cálculos sobre la antigüedad verdadera del último gran cataclismo de nuestro planeta, y por consiguiente sobre la de la aparicion del hombre en la tierra, conformes en un todo con el texto bíblico, en el término del pueblecito de Anglet y no lejos del sitio llamado *Les cinq-cantons*, existe un lugar de retiro, consagrado á la penitencia, al trabajo y á la oracion. Tal es el convento de las *Bernardinas*, sucursal del otro convento llamado el *Refugio* que á muy corta distancia de aquel — unos 15 minutos de camino á buen paso, — fundó en el año de 1838 el señor presbítero Cestac, vicario de la iglesia catedral de Bayona.

Uno de estos dias pasados visité muy detenidamente ambos conventos, y persuadido de que leerá Vd. con gusto la sencilla relacion de aquella visita, voy á consagrar aquí por escrito, al correr de la pluma y sin pretensiones de ningun género, así la impresion que dejó



CAFÉS EN LAS MARGENES DEL BARRADÁ, EN DAMASCO.



en mi ánimo como las curiosas noticias que acerca de esta piadosa y útil fundación debí á la bondad del señor presbítero Cestac con quien me puso en relaciones que luego han llegado á hacerse amistosas una circunstancia que quiero referir antes de pasar adelante.

## II.

Estaba yo una mañana en la modesta y aun pobre iglesia que ha sustituido á la miserable choza de paja que fué la primitiva iglesia de las Bernardinas — (miserable por su escaso valor material, pero admirable y aun sublime por la impresion profunda de respeto que deja en el ánimo), cuando se llegó á mí un eclesiástico, única persona que fuera de algunas de mi familia y de una religiosa del *Refugio* que nos iba acompañando, se hallaba á la sazón en aquel sitio. Dicho eclesiástico á quien habíamos encontrado allí al entrar y á quien vimos por largo rato arrodillado é inmóvil como una estatua en un rincón, era el presbítero ó como le llaman los campesinos de esta comarca el padre Cestac. — Mucho mira Vd. esa Virgen, me dijo con suma dulzura, señalando una imagen de Nuestra Señora de la Soledad, de tamaño natural, que llenaba todo el frente del altar mayor. Estoy seguro de que le parece á Vd. muy hermosa, y casi me atrevo á asegurar que es Vd. español al ver el interés con que la mira.

— En uno y otro ha acertado Vd., le respondí. Esa Virgen tan hermosa, y en cuya actitud tan llena de majestad y desolación, con su largo manto de terciopelo negro y esas siete espadas simbólicas clavadas en su pecho, me recuerda las imágenes de la Madre de Dios que veneramos en mi país bajo las diferentes advocaciones de Nuestra Señora de la Soledad, de las *Angustias*, de los *Dolores*. También á mí se me figura á mi vez que esa imagen ha de ser española.

Mirándome con una sonrisa bondadosa, el eclesiástico que parecía como de hasta 60 años de edad, y es hombre de mediana estatura, mas bien grueso y de aspecto verdaderamente respetable, me dijo con el acento mas afectuoso: — Lo es en efecto. De España nos ha venido esa imagen, y por cierto de una manera que por lo inesperada y aun me atrevere á decir, por lo providencial, guarda perfecta consonancia con todo lo que se refiere á la fundación de esta casa, obra exclusiva de la Providencia y testimonio visible de la protección con que nos favorece la Santísima Virgen.

Naturalmente estas palabras excitaron mi curiosidad; y aunque no me atreví á rogarle que me las explicase, él tuvo la bondad de adelantarse á mi deseo diciéndome: — Voy á referir á Vd. cómo y porqué se encuentra aquí esta imagen. ¿Sin duda habrá Vd. oído hablar de la ilustre prelada española sor Patrocinio? Acaso sabrá Vd. que en el año de 1849 esa religiosa, perseguida por motivos que ni sé ni me importa saber, vino á Francia. A su paso por Bayona, quiso visitar este convento, que entonces carecía de muchas cosas necesarias y particularmente de todas aquellas que dan lustre y majestad al culto, pues nuestros principios fueron arduos y muy lentos. Acabábamos por entonces de construir esta iglesia, pero todos éramos pobres y el altar mayor estaba desprovisto de todo ornamento. Despues de hacer larga oración en este mismo sitio en que ahora estamos, sor Patrocinio me dijo que cuando Dios la hiciese la gracia de restituirla á España, me enviara una imagen de Nuestra Señora de la Soledad, propia de estos sitios solitarios. Yo creí naturalmente que me enviara alguna estampa ó á lo mas, alguna imagen pequeña de bulto, pues en efecto, ¿qué títulos tenía nuestra pobre y naciente comunidad á las larguezas de aquella venerable madre?... cuando algun tiempo despues, recibí de Madrid, sin carta, sin aviso ni indicación alguna mas que mi nombre escrito sobre la caja que la contenía, esa milagrosa y hermosísima imagen que está Vd. viendo. ¿Era sor Patrocinio quien me la enviaba? debo suponerlo. Años despues, habiendo tenido ocasion de ir á Madrid para arreglar algunos asuntos relativos á esta obra felizmente empezada ya á difundir en España por algunas almas piadosas, la casualidad ó mas bien la Providencia me proporcionó saber no solo que esta preciosa imagen era realmente un donativo de sor Patrocinio, sino tambien hasta qué punto es de agradecer el sacrificio que debió costarla desprenderse de ella. Las buenas religiosas de su convento, por quienes supe que esta imagen les habia pertenecido antes de pasar á nuestra iglesia, estaban todavia inconsolables por su pérdida, lo cual me probó tambien cuánta autoridad moral debía tener la prelada sobre ellas para que aceptasen así, con pena seguramente, pero como muy acertada por ser suya, la resolución de privar á la comunidad de una joya que, á lo que pude juzgar por el calor con que todavia hablaban de ella al cabo de tanto tiempo, habia sido á no dudarlo su tesoro y su delicia.

## III.

A esta sencilla relacion que el buen sacerdote nos hizo con el acento de la mas fervorosa y tierna gratitud, siguieron otras varias, referentes á los orígenes en verdad muy curiosos de la fundación que estábamos visitando. Poco á poco, viendo el vivo interés y aun el placer verdadero con que le escuchábamos, el señor Cestac fué en cierto modo intimando con nosotros y hablándonos cada vez con mas expansion, llegando á punto de confesarnos su creencia íntima de que todo, absoluta-

mente todo lo relativo á la fundación que lleva su nombre, es obra de la Virgen; sosteniendo muy empeñadamente contra mí que él por su parte ni aun tiene el mérito de haber sido un buen instrumento de que Ella se habia valido (como yo le decia), pues perseveraba en asegurar que todo se lo habia encontrado hecho; humildad por cierto muy laudable si, como creo, es sincera. — Yo me habia propuesto, me dijo entre otras cosas, no dar paso alguno para proporcionarme fondos, fuera de los que me trajere la caridad de los fieles. Empeñado ya en estas obras y antes en la mucho mas considerable de edificar el convento inmediato del *Refugio*, muchas veces ocurrió hallarse ya muy próximos á cumplirse ciertos plazos fatales para efectuar algunos pagos. Yo no tenia ni un franco en caja: el embargo preventivo, la prision misma (pues entre nosotros se prende por deudas) me amenazaban de cerca: mis amigos, mis religiosas afligidas me estimulaban á arbitrar algun recurso, pero yo, descansando en la divina protección que nunca me habia faltado, me limitaba á invocarla por intercesion de María Santísima, fiándolo todo de ella y no en vano; siempre en el momento crítico me llegaba el recurso deseado por medios que no me atrevere á llamar milagrosos, pero que seguramente salen de las vias comunes y ordinarias. Lo mismo que he referido á usted sobre el medio de que se valió la Virgen para proporcionarnos su santa imagen que hoy es preciosa corona de nuestro altar mayor, nos ha sucedido en otras muchas ocasiones, variadas solo las circunstancias de personas y objeto, y por medios á veces mucho mas sorprendentes, cuando hemos necesitado otros auxilios.

Este mismo terreno en que ahora estamos, prosiguió, este recinto de las *Bernardinas* que ahora pertenece á la comunidad, vino á ser nuestro por el medio que va Vd. á oír: la caridad nos le dió y á la caridad le hemos consagrado. Aquí vivia, solo y sin familia, cuando fundamos en 1838 el inmediato convento del *Refugio*, un pobre y viejo leñador; aquí tenia su humilde choza y unas pocas tierras que él mismo habia desmontado entre estos arenales. Una noche, y por cierto en medio de una tempestad horrorosa, sintiéndose gravemente enfermo, envié por medio de un niño pastor que habia pasado por allí casualmente, — providencialmente, diria mas bien, — á pedir auxilio á nuestro convento. Hice que dos de nuestras hermanas acudiesen al instante á asistirle, y con la ayuda de Dios pronto encontró algun alivio. A fin de que no quedase abandonado en esta soledad, dispuse que algunas religiosas se quedasen aquí constantemente á su lado, eligiendo al efecto las que me parecia tener mayor celo y mas vocacion de enfermeras; y con este motivo se les construyeron esas celdas de paja, verdaderas chozas de que aun se conservan en pie algunas que luego visitaremos, y así tuvo principio la poblacion de este yermo, pues no merece otro nombre, como Vd. ve. Al poco tiempo murió el viejo leñador legando á la comunidad lo poco que poseía en este mundo, su cabaña, sus pobres tierras: — tal fué el principio de este establecimiento, que en memoria del donador, fué consagrado á san Bernardo (así se llamaba aquel buen anciano, cuya vida y muerte fueron ejemplares), — de donde han tomado el nombre de *Bernardinas* las hermanas hoy establecidas aquí bajo una regla muy dura y que solo una decidida vocacion puede hacerles llevadera. Aquí esas pobres mujeres renuevan hoy oscuramente, lejos del mundo y solo ante los ojos de Dios que todo lo ve, las austeridades de la antigua Tebaida. Y sin embargo, ninguna de ellas cambiaria su suerte ni aun por la mas brillante segun las ideas del mundo, créalo Vd.: además, aquí están voluntariamente. Sus votos no son perpetuos, pero una vez cumplido el tiempo, los renuevan cada vez con mas alegría.

— ¿Es verdad, le pregunté, lo que me han contado del absoluto silencio que guardan y del total retraimiento en que viven las *Bernardinas*?

— Todo es verdad, me respondí. Su regla las obliga á llevar siempre el rostro cubierto con un velo negro, mortaja anticipada, y á no dirigir la palabra mas que á sus superiores, y aun eso en caso de absoluta necesidad ó de que sean preguntadas. Muertas para el mundo, desde aquí empieza para ellas el silencio de la sepultura. Son unas verdaderas trapenses: la oración y el trabajo ocupan su vida entera. Por lo demás, las obligaciones propias de su estado no son otras que las que están consignadas en el estatuto de las *Siervas de María* que ha visto Vd. en el *Refugio*. Aquellas y estas forman una misma comunidad, solo que estas buscan mayor perfeccion imponiéndose mayores penitencias en medio de iguales trabajos. Todas trabajan del mismo modo para la casa, de la cual no es mas que una especie de sucursal ó colonia este retiro llamado de San Bernardo.

## IV.

Dulcemente engolfados en estas pláticas, íbamos recorriendo, ya las celdas de las *Bernardinas*, — larga serie de humildes estancias que apenas se levantan cuatro varas sobre el nivel del suelo y á que sirve de piso el mismo arenal sobre que están construidas, — ya la antigua y la nueva iglesia, ya el jardinillo que se extiende entre una y otra, árido terreno labrado por las mismas religiosas que perfuman con su grato aroma multitud de heliotropos y de claveles silvestres. En aquel jardín yace enterrada una hermana del señor Cestac, fundadora de la que habia llamado verdadera colonia de penitentes, muerta pocos años antes en olor de santidad. Al rededor de su sepulcro se ven unas especies de

covachitas, hechas de ramas y flores, adonde suelen ir las religiosas á orar por el alma de su querida madre espiritual que las mira desde el cielo. Nada puede dar cabal idea del reposo y de la solemnidad profunda de aquellas soledades, austero retiro cuyo silencio interrumpen solo el murmullo del viento en las enramadas, el canto de las aves y los cercanos bramidos del mar. Allí el espíritu parece que se levanta por sí solo á Dios al mismo tiempo que las rodillas se doblan involuntariamente para mejor bendecirle y adorarle!...

Otra cosa de que tampoco me seria fácil dar á usted idea, si Vd. mismo no hubiera sido testigo de ella en una ocasion análoga á la que me sugiere estas reflexiones, — ocasion que jamás olvidaré, — es la especie de dulce sorpresa (no encuentro expresion mas propia) con que vi el sello de profunda paz interior y de indecible contento que respira en el semblante de las religiosas del *Refugio*, jóvenes las mas y algunas muy agraciadas. En cuanto á las *Bernardinas*, nada puedo decir, pues aunque he visto á algunas pasar lentamente á lo lejos como espectros negros entre las ramas, todas llevan la cara cubierta; pero me aseguran personas que las han visto y hablado que la alegría íntima es todavia mayor que la de las otras. Si Vd. recuerda lo que le dije el 5 de junio último en... sobre esto mismo, comprenderá cuán poco me esperaba yo (á pesar de lo que entonces vi, pues las preocupaciones del ánimo se desarraigaban difícilmente) — á encontrarme en un sitio que la imaginacion suele pintarnos en el mundo con los mas lúgubres colores, una alegría que casi nunca se encuentra en él ni aun debajo de las mas alegres apariencias... ¿No le parece á Vd. que los que vivimos en eso que se llama el mundo ó la sociedad podríamos con razon decir á los habitantes del claustro, como dice un gran poeta á los niños, que muchas veces nuestra risa es mas triste que su llanto?...

## V.

Concluyo apuntando aquí las noticias que acerca de esta fundación he recogido de boca del mismo señor Cestac, no solo en aquella visita, sino en las varias que despues he tenido ocasion de hacerle... Creo que las leerá con gusto, pues todo lo que tiene por objeto hacer el bien, encuentra acogida en su cabeza y en su corazón.

En 10 de junio de 1836 fundó el señor Cestac esta obra pia con aprobacion del señor obispo de Bayona: su objeto fué « recoger las pobres niñas abandonadas á quienes la miseria y el mal ejemplo podian arrastrar á la perdicion. » — Como vicario de aquella diócesis nadie mejor que él conocia la necesidad de este piadoso instituto en un pueblo de costumbres bastante libres, como suelen serlo todos los pueblos fronterizos que por lo comun toman lo peor de cada uno de los países limítrofes. El instituto se estableció primero en un cuartito de una modesta casa de la ciudad con siete pobres huérfanas, sin mas recursos que las limosnas del señor obispo y las de la caridad pública. Un año despues se pensó en recoger tambien á las mujeres perdidas que quisiesen abandonar su infame oficio y pronto se llegaron á reunir hasta unas catorce penitentes, á las que se ocupaba en labores propias de su sexo bajo la direccion de las primeras siervas de María fundadoras de la comunidad. Acrecentada esta considerablemente y no bastando ya el pequeño local alquilado en Bayona, hubo de trasladarse al pueblecito de Anglet; y fué tanto lo que prosperó que al poco tiempo logró construir con sus propios recursos el hermoso convento que hoy ocupa y en el que, contando la pequeña colonia de San Bernardo, habitan hasta 600 mujeres, entre religiosas siervas de María y penitentes. Estas hacen, como aquellas, vida conventual y con el trabajo de sus manos ayudan eficazmente al sosten de la casa. Hoy esta casa es rica. En ella se hacen mejor y se expenden á precios mas baratos que en el comercio multitud de artículos de lencería y de productos agrícolas, pues el señor Cestac que las dirige es, á mas de un sacerdote ejemplar, un agricultor excelente.

La colonia de las *Bernardinas* se fundó en 1843, y ya dos años despues fué posible construir la nueva iglesia y las nuevas celdas que, como he dicho, fueron primitivamente unas chozas de paja.

La comunidad cuenta hoy varias sucursales en Francia, y una entre ellas, la principal, en el Santuario de Nuestra Señora de Buglose, junto al pueblecito del Pouy, donde nació san Vicente de Paul: aquellas siervas de María se dedican al cultivo de la tierra. En Madrid hay ya establecidas cuatro casas de este instituto, destinadas á recoger niñas huérfanas, una de ellas presidida por la señora condesa viuda de Via-Manuel, y anejas las demás al rectorado de San Luis de los Franceses.

Protectora y especial patrona de la comunidad ó sea de *l'Œuvre*, como dicen aquí, es la Virgen Santísima. Su institucion canónica, bajo el dictado de *Obra de las siervas de María* es de 6 de enero de 1842; y su reconocimiento legal como congregacion aprobada por el Estado, con todos los derechos consiguientes, es de 14 de diciembre de 1852.

EUGENIO DE OCHOA.

Biarritz, octubre 1859.

## Revista de Paris.

La semana ha sido inmejorable para los aficionados á pasear en trineo y los patinadores. Pocas veces se ha visto tanta gente en el bosque de Boulogne como el domingo último. Se-



gun lós cálculos de los periódicos habria ese día á orillas del lago y en el lago mas de cien mil personas. ¡Soberbio espectáculo en verdad! Un número prodigioso de carruajes rodeaba el lugar de la escena, y en ellos se encontraba la flor de la elegancia parisiense. El frío era excesivo, y los hombres, cuidadosamente envueltos en sus paletós, formaban un triste contraste con las señoras, que mas animosas que ellos abandonaban sus abrigos para mostrar toda la brillantez de sus hermosos trajes.

Los que no hemos estado en San Petersburgo pudimos formarnos una idea de lo que son los paseos de invierno en esas heladas regiones. Allí vimos en efecto trineos por centenares, todos de formas diferentes, graciosos ó extraños, y vimos tambien una muchedumbre de patinadores corriendo con mas ó menos destreza sobre la superficie helada del lago, este dibujando flores con el patin, el otro escribiendo nombres, y entregándose todos á las evoluciones mas atrevidas. De cuando en cuando no faltaba alguno que escurriéndose mas de lo regular, hacia prorumpir á la multitud en sonoras carcajadas; pero al fin y al cabo los accidentes se redujeron á contusiones insignificantes. En suma, la fiesta ofreció novedad, y por consiguiente dejó muy satisfechos á los espectadores.

Tenemos que contar una anécdota esta semana, que podria formar un capitulo mas del arte de hacer fortuna: tomamos sus principales pormenores de la crónica de M. Desroches.

Un jóven de una timidez suma, modesto empleado en una administracion de caminos de hierro, veia con amargura que iban trascurriendo años y que su posicion no mejoraba. Solo en el mundo, la única persona que se interesaba por él era un antiguo amigo de su padre, hombre de bastante fortuna, de muchas relaciones y conocedor del mundo como pocos. El jóven empleado acudió una mañana á verle y á pedirle un consejo. Nacido sin recursos, aunque de una buena familia, dotado de algun talento y de una ambicion comedida, no adelantaba sin embargo; vegetaba en un empleo miserable, y comenzaba á perder hasta las esperanzas.

El anciano habia escuchado la relación mirando de frente al hijo de su difunto amigo, que tenia una figura muy regular, un rostro expresivo y una distincion notable.

— ¿Con que tú quisieras ascender? le preguntó.

— Lo deseo ardentemente.

— ¿Quién te ha protegido hasta aqui?

— Nadie, á decir verdad; mi jefe se contenta con buenas palabras.

— ¿Quién es tu jefe?

— M. H...

El anciano reflexionó un instante.

— ¿Es casado ó soltero?

— Casado.

— ¿Y conoces á su señora?

— Me han presentado á ella y estoy convidado á sus soirées.

— Muy bien; ¿y qué te parece esa señora?

El jóven se quedó un tanto cortado. La persona en cuestion rayaba en los cuarenta; su hermosura ni aun en la juventud debió de ser cosa extraordinaria, y en ella no dominaba mas que una coquetería bastante pronunciada.

Hablando francamente, el empleado no habia fijado su atencion en esa señora, y así se lo dijo al amigo de su padre.

— Pues has hecho mal, y eso prueba que no conoces tus intereses. ¿Con que necesitas al marido y no te ocupas de la mujer? Yo conozco á ese caballero y sé, como debias saber tú, que ella le domina completamente.

— No lo ignoro, repuso el jóven; pero no comprendo cómo esa circunstancia puede favorecer mis pretensiones. Jamás esa señora me ha dirigido la palabra, y es seguro que ni siquiera se acuerda de mi nombre; media mucha distancia entre nosotros dos; ella en una posicion tan encumbrada, y yo tan pobre que á veces no la visito porque me faltan guantes.

— Amiguito, malas razones son esas; no hay duda que eres pobre, pero tambien eres hijo de una buena familia, rica y poderosa antiguamente.

— ¡Triste consuelo!

— No todos pueden hablar así de sus antepasados por los tiempos que corren. Además no eres feo, tienes una fisonomía interesante, y puedes hacer el papel de adorador con grandes ventajas.

— ¿Qué dice Vd.?

— Sí, señor; á una mujer de cierta edad la lisonjean siempre las atenciones de un muchacho.

— ¿Y cree Vd. que por ese medio...?

— Alcanzarás lo que desees rápidamente.

— Sin embargo, dispense Vd. mi observacion, pero aun en el caso de que fuera así, el expediente me parece...

— Nada de fatuidad, señor mio; yo la conozco, y sé que es demasiado virtuosa para que haga caso de tus galanterías, fuera de ciertos limites. Otros mas traviosos que tú han perdido el tiempo con ella.

— Entonces se ofenderá, y me haré un enemigo de mi jefe que no me perdonará nunca.

— Veo que eres un hombre incapaz; sin embargo, como me intereso por tí, yo sabré llevar adelante el negocio. ¿Me prometes hacer lo que te diga?

— Lo prometo.

— Entonces esta noche iré á ver á la señora, y puedes contar con un bonito empleo fuera de Paris antes de un mes si es que sigues al pie de la letra la marcha que te voy á trazar.

El jóven dió mil gracias y juró obedecer en todo y por todo; no podia encontrar un guia mejor, y se volvió á su casa un tanto consolado.

— Mañana sabrás ya algo, le dijo el anciano al despedirle. Y en efecto, al otro dia le entregaron en la oficina una esquelita de convite para ir á comer á casa de su anciano amigo.

El jóven acudió inmediatamente.

— Vendrás el sábado, le dijo su protector, y te presentaré á uno de mis amigos que da una comida, á la que debe asistir la señora de tu jefe. Yo haré que te pongan á su lado, y

entonces has de dar principio á tus funciones de solicitante.

— Sí, pero explíqueme Vd.

— A eso voy; hablarás sin pretension, mostrándote muy tímido y como un admirador respetuoso que se ha mantenido siempre á larga distancia del objeto amado.

— Adelante.

— Cuidado con las lisonjas, pues en tal caso una lisonja es una vulgaridad, y como si dijéramos una falta.

— ¿Entonces, cómo debo hacerla comprender mi supuesta pasion?

— Con los ojos, como á un ídolo. Al despedirse debe estar persuadida que desde hace un año eres el hombre mas desgraciado del mundo por el amor invencible que te inspira.

— Está entendido.

El plan se trazó y se estudió con tal minuciosidad que todos los incidentes que podian sobrevenir estaban previstos. Ya se ve, ¡el anciano tenia tanta experiencia de las cosas del mundo!

Llegó el sábado; el jóven tenia miedo y no sin razon, pues la intriga que trataba de anudar podia tener un desenlace opuesto al que le vaticinaba el anciano.

La señora en cuestion, elegantemente vestida, estaba de buen humor y recibió con gusto al vecino de mesa que le propusieron.

Este empleó todos sus medios de seduccion; se mostró alternativamente chistoso, melancólico y tímido; aprovechó de un modo admirable las lecciones de su consejero, y en una hora se convirtió en maestro consumado en el arte á que pretendia.

La señora se retiró con la conviccion de que el jóven habia concebido por ella una de esas pasiones que conducen á la locura ó al suicidio.

— ¡Pobre muchacho! se dijo para sí; será preciso hacer algo por él.

Y le convidó á sus reuniones íntimas, lo que era un favor imponderable.

Sin embargo, su consejero le advirtió que no debía aprovechar á menudo este permiso, pues el verla con frecuencia podia ser peligroso.

La señora de vuelta en su casa contó con mucha jovialidad á su marido que habia hecho una conquista, y que el adorador era un jóven que una prima suya le habia recomendado.

Esta noticia hizo sonreír el marido. La mujer á quien él queria tanto era pues una persona digna de ser amada, puesto que un mozalvete se habia prendado de ella y se la envidiaba. Lisonjeado en su amor propio dió gracias al jóven porque justificaba su gusto participando de él.

El primer paso estaba dado y redundaba en provecho del pretendiente.

Mas de una vez hablaron los esposos en la intimidad de aquel interesante jóven.

— ¿Qué dicen de él en la oficina? preguntaba la señora.

— Que es muy laborioso.

— ¿Y que tiene disposicion?

— Sí; tiene aptitud suficiente para hacer carrera. Pensaremos en él á la primera ocasion.

El asunto marchaba pues por la posta, como suele decirse. A todo esto el consejero vigilaba y tenia al muchacho al corriente de cuanto podia serle útil.

Una noche se trató de él, y la señora manifestó sin rebozo el interés que le inspiraba.

— ¡Ah! amiga mia, exclamó el anciano, es un jóven que merece cualquiera cosa.

— ¿Usted tambien se interesa por él?

— Ciertamente, y si mi recomendacion pudiera servir aquí...

— No es necesaria, amigo mio, interrumpió el marido; nosotros tambien queremos que adelante y adelantará, no lo dude Vd.

La comedia siguió adelante. El jóven aprovechó las ocasiones de pintar su amor con un colorido tan ardiente, que la esposa acudió al marido pidiendo terminantemente que protegiera al empleado y le diese un destino fuera de Paris. Quería sacrificar aquel amor á la felicidad doméstica y á su deber, aunque lo hacia sin pesar, pues jamás habia amado á otro hombre que su marido.

Este, enorgullecido con la ofrenda de aquella pasion que su esposa le hacia, se apresuró á satisfacer la peticion, y el modesto empleado ascendió á jefe en una de las oficinas departamentales de la misma empresa.

No hay para qué decir que el jóven dió las gracias mas entusiastas á su astuto y experimentado consejero.

MARIANO URRABIETA.

### El primer amor.

Suspirando dulcemente  
Llena de infantil candor  
Exclamó lnes de repente:  
Decid, madre, ¿qué es amor?

Quedó la madre pensando  
Una respuesta oportuna,  
No se le ocurrió ninguna  
Y ella siguió preguntando.

— ¿Es un placer ó un pesar  
Que nos sigue con empeño?  
¿Da tristeza? ¿quita el sueño?  
¿Porqué nos hace llorar?

La madre aquí la miró  
Con ansiedad manifiesta,  
No halló ninguna respuesta  
Y la niña prosiguió.

— ¿Es un encanto, una pena  
¿Es mas bien una locura?  
Decid, ¿cuánto tiempo dura?  
¿Porqué toda el alma llena?—

Con cariños dolor  
Besó la madre su frente  
Y dijo: — niña inocente,  
¡Ya sabes lo que es amor!

Ella quiso preguntar  
De nuevo, mas con tristeza  
Dobló su hermosa cabeza  
Y rompió al fin á llorar.

La madre con infinita  
Ternura dijo á su oído:  
— ¡Quince años aun no ha cumplido  
Y ya el amor me la quita!

JOSÉ SELGAS.

### En el album

DE LA SEÑORITA DOÑA R. R. É I.

LOS OJOS DE LA MUJER.

Pródiga quiso natura  
Para ostentar sus primores,  
Formarte con tal ventura,  
Que á la reina de las flores  
Celos diera tu hermosura.

De ese perfume que emana  
Del bello pensil de Flora,  
Dotó á tus labios de grana;  
Tan puros, como la aurora,  
Risueños, cual la mañana.

Y puso en tus negros ojos,  
Que fuentes del alma son,  
Dulzura que ahuyenta enojos,  
Lumbre, que postra de hinojos  
Al mas tibio corazón.

En ellos, sin que te asombre,  
Ejerce amor su poder:  
Y tienen justo renombre,  
Por ser redes para el hombre  
Los ojos de la mujer.

Ellos... de belleza suma  
Son móvil de inspiracion,  
Y al que de vate presume,  
Será imperfecta su pluma  
Para tanta perfeccion.

La mia en narrar se empeña  
Lo que á muchas enmudece,  
A pesar de ser pequeña;  
¿Pero á quién no le enloquece  
Esa gracia malagueña?

Por tan tenaz pretension,  
Te pediré en conclusion  
Sin que te causen agravios,  
Alcanzar como perdon  
La sonrisa de tus labios.

GERALDO.

### Estatuas de Gutenberg y de Dionisio Papin.

Aunque las noticias biográficas de los dos hombres célebres llamados Gutenberg y Dionisio Papin se hallan seguramente en todas las memorias, parécenos oportuno reasumirlas aquí, ya que publicamos la reproduccion por medio del grabado de las estatuas que la posteridad ha erigido á entrambos genios.

Juan Gutenberg ó Guttemberg, el inmortal inventor de la Imprenta, nació en Maguncia en 1400 de una familia noble llamada *Sulzloch zum Gutenberg*, y fué á establecerse en Estrasburgo por los años de 1424. Segun parece, en Estrasburgo fué donde hizo las primeras pruebas del nuevo arte en 1436 ó 1440, empleando caracteres móviles de madera. Despues de haber gastado cuantiosas sumas en sus primeros ensayos, se volvió en 1443 á Maguncia, donde se asoció en 1450 con Fust, y en su compañía imprimió la *Biblia latina*, llamada de cuarenta y dos líneas. Posteriormente rompió la sociedad, y formó él solo en 1456 un nuevo establecimiento que conservó diez años, hasta que fué nombrado gentilhombre del elector Adolfo de Nassau.

Gutenberg no puso su nombre en ninguno de los libros que imprimió; de manera que no se puede deter-





ESTATUA DE GUTENBERG  
Elevada en una de las plazas de Estrasburgo.

lir les os) etc. Fué el primero, dice Bouillet de quien tomamos estos apuntes, que conoció toda la fuerza del vapor, y el partido que se podía sacar de él para las máquinas. Todo el mundo conoce su *Digesteur*, llamado vulgarmente *marmite de Papin*.

X.

### Federico Guillermo IV y Guillermo I de Prusia.

El rey Federico Guillermo IV murió el 2 de enero en Sans-Souci. Había nacido el 15 de octubre de 1795, y subió al trono el 7 de junio de 1840, á la muerte de su padre.

Federico Guillermo casó con la princesa Isabel de Baviera el 20 de noviembre de 1823. Desde fines de 1838, Federico Guillermo, incapacitado para gobernar, había trasferido el poder al príncipe de Prusia, su hermano, quien tomó despues el título de príncipe regente.

Este príncipe es hoy el rey de Prusia, y ha tomado el nombre de Guillermo I. — Nació el 22 de marzo de 1797, y el 11 de junio de 1829 celebró su matrimonio con María Luisa Augusta Catalina, hija del gran duque de Sajonia Weimar. Ha tenido dos hijos, y uno de ellos, Guillermo Nicolás Carlos, se casó en 1857 con la princesa Victoria, hija mayor de la reina de Inglaterra.

Todo el mundo esperaba con impaciencia el programa político del rey Guillermo I, que ha sido formulado de este modo en el discurso regio de apertura de las cámaras prusianas:

| Ilustres y nobles señores, honorables señores:

Con profunda emocion os dirijo el saludo de bienvenida; por la voluntad impenetrable de Dios, las esperanzas y los votos que os manifesté en este mismo pue-



DIONISIO PAPIN.

minar con seguridad cuáles fueron las obras que salieron de sus prensas. Durante mucho tiempo se ha contestado á Gutenberg el honor de su descubrimiento, pero siempre sin pruebas suficientes para ello. Desde 1640 los librereros de Alemania y los habitantes de Estrasburgo celebran cada cien años la fiesta de la invencion de la imprenta en honor de Gutenberg.

Este hombre célebre entre todos los inventores murió en 1468.

En Maguncia le elevaron en 1537 una estatua en bronce cuyo modelo es debido á Thorwaldsen, y en Estrasburgo le erigieron otra en 1840 por el modelo suministrado por David de Angers. Esta última es la que representa nuestro dibujo.

Dionisio Papin, célebre fisico, nació en Blois en 1647 y ejerció la medicina en Paris con el mejor éxito. Se ocupó mucho de física, entabló relaciones de amistad en Inglaterra con Boyle, quien le asoció á sus grandes experimentos sobre la naturaleza del aire; profesó las matemáticas en la universidad de Marburgo, fué nombrado en 1699 corresponsal de la Academia de ciencias de Paris, y murió en 1714, dejando además de un crecido número de *Cartas* y *Memorias* diseminadas en el *Journal des savants*, en las *Transactions philosophiques* y las *Acta eruditorum*, diferentes obras como el *Modo de ablandar los huesos* (*Manière d'amol-*



FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA, MUERTO EL 2 DE ENERO DE 1861.

to no se han cumplido. Conmigo y con mi casa llorais al rey, que nos ha sido arrebatado despues de largos padecimientos. Lo que el reinado de mi hermano fué para la Prusia, lo que debe el país á su generosa direccion, no debo recordarlo yo á la representacion del pueblo prusiano creado por el difunto monarca. El rey Federico Guillermo nos ha dejado en un tiempo bien grave.

Una mision muy difícil me ha tocado á mí. Con la ayuda de Dios espero cumplirla felizmente. Vosotros me asistiréis con lealtad en esta obra. La patria necesita consejeros ilustrados y una abnegacion absoluta.

Despues de haber declarado en presencia de soberanos eminentes de la Confederacion germánica, que el primer deber de mi política alemana, de mi política europea, es poner á salvo la integridad del territorio aleman, debí organizar el aumento de nuestro ejército, para lo cual me habeis acordado unánimemente los créditos necesarios, á fin de no aumentar solamente el número de las tropas, sino de asegurar tambien la cohesion interior, la solidez y duracion de las nuevas organizaciones. Las medidas tomadas con este motivo se encierran en los límites legales de nuestra constitucion militar. Por los proyectos que os serán sometidos vereis que se han efectuado para el año próximo reducciones que os garantizarán que no



se pedirá nunca mas de lo indispensable para asegurar el valor militar del ejército. La Prusia dispone de recursos suficientes para mantener su ejército bajo un pie respetable. En presencia de la situación actual de la Alemania y de la Europa, la representación del país no se sustraerá al deber de conservar lo que está creado y de favorecer su desarrollo, no se negará á apoyar medidas sobre las cuales descansa la seguridad de la Alemania y de la Prusia.

A pesar de la presión de los asuntos políticos, podemos considerar con satisfacción la situación de nuestra hacienda. Es de esperar que los gastos á cargo del presupuesto precedente serán cubiertos del todo por los ingresos del año corriente. Los recursos reservados con cuidado de los sobrantes de 1839 podrán ingresar también en el erario.

El presupuesto del Estado se ha formado con la prudencia de que se han dado pruebas hasta ahora para el cálculo de los ingresos y limitando cuidadosamente los gastos administrativos. El acusa un nuevo aumento de los productos y los medios de responder á todas las exigencias legítimas, de secundar empresas é instituciones útiles, de satisfacer nuevas necesidades y de reducir los suplementos extraordinarios que el aumento del ejército reclama. Aun cuando para la ejecución de esta gran medida hubiese que recurrir aun por el momento, en una proporción considerable, á los suplementos y á los impuestos extraordinarios, no se debe temer sin embargo, que se perturbe el orden de nuestra hacienda; antes bien se puede prever que por causa del aumento natural de las fuentes de los ingresos y de la reforma de la legislación sobre el impuesto territorial, será posible prescindir, en un porvenir próximo, de los recursos extraordinarios para cubrir todos los gastos del Estado.

Cuento con vuestra aprobación para los proyectos de ley destinados á resolver definitivamente la cuestión del impuesto territorial. La Corona y el país no podrán renunciar mas tiempo á un producto mas elevado del impuesto territorial, y el aumento de nuestro ejército no estará asegurado hasta tanto que todas las clases y todos los territorios, así como están sometidos igualmente al servicio militar, contribuyan también en una medida igual y proporcionada á sus recursos imponibles, á los gastos que necesita el ejército.

Las relaciones comerciales del país, aunque no hayan recobrado todavía la actividad que tuvieron antes de las crisis políticas y financieras de los últimos años, muestran una animación creciente. Mi gobierno no ha cesado de consagrar una solicitud particular á favorecerlas en todos sus ramos. El proyecto de dar una nueva extensión á nuestros ferro-carriles está preparado. La abolición de los derechos de tránsito y una reducción notable de los peajes del Rhin se han concertado con los gobiernos interesados.

Mi gobierno está á punto de entrar en negociaciones con el gobierno imperial de Francia sobre la organización convencional de las relaciones comerciales entre el Zollverein y la Francia.

Como os anuncié al cerrarse la legislatura anterior, será objeto de vuestros trabajos la legislación sobre el matrimonio. Espero con confianza la solución definitiva que dareis á esta cuestión.

Mi gobierno os presentará comunicaciones relativas á otras proposiciones importantes.

En el curso del año último he logrado dar un carácter mas y mas feliz á las relaciones entre las grandes potencias por medio de entrevistas personales con los monarcas, y estas son garantías para el sostenimiento de la paz europea.

Penetrado de la gravedad de la situación general de la Europa, mi gobierno hace esfuerzos incesantes para provocar la revisión



GUILLERMO I, REY DE PRUSIA.



LA GLORIA DE BRESCIA.

de la constitución militar de la Confederación, según las exigencias militares siempre crecientes del tiempo presente. Espero con confianza que estos esfuerzos tendrán éxito, en razón á que todos los pueblos y gobiernos alemanes reconocen que en la armonía unánime consiste la primera necesidad del momento.

En la Hesse-Electoral persiste una diferencia que mis consejos moderados y bien intencionados no han logrado allanar. Los esfuerzos de mi gobierno han propendido constantemente á hacer restablecer el estado de cosas constitucional.

Siento que los pasos dados desde hace años por la Prusia, de acuerdo con los demás estados de la Confederación, con el objeto de hacer disfrutar á los ducados alemanes reunidos bajo el cetro del rey de Dinamarca de un estado constitucional regular y conforme con los tratados existentes, hayan sido infructuosos hasta ahora. La Prusia con los aliados alemanes reconoce como un deber nacional obtener por fin ahora la solución conveniente de esta cuestión.

Mi gobierno ha comenzado en una época agitada; suceda lo que quiera, sostendré los principios que he profesado al aceptar la regencia. La experiencia que he adquirido al aplicarlos no ha hecho sino convencerme mas y mas de su valor. Resuelto á fortalecer la eficacia de nuestras instituciones y leyes y á favorecer enérgica y seriamente los intereses nacionales de la Prusia y de la Alemania, en la continuación invariable por esta vía encuentro la garantía mas segura contra el espíritu subversivo que se agita en Europa.

Tengo confianza en que la Prusia permanecerá fiel á sí misma bajo mi cetro. Tengo confianza en que la Prusia, tanto en los consejos de sus representantes como por los actos de su pueblo, probará que

no piensa quedarse en zaga de la unión, de la fuerza y de la gloria de sus antepasados.

Tengo confianza en que el país permanecerá conmigo con lealtad inviolable en los buenos como en los malos días.

Al tomar las riendas del gobierno he jurado ejercer el poder que Dios me ha confiado en conformidad con la Constitución y las leyes. Al recordar este juramento, os invito á que me jureis la fidelidad que habeis jurado y guardado á mi hermano.

En presencia de Dios Todopoderoso, me prestareis pues el juramento solemne de que seréis mis súbditos fieles y de que me ayudareis con vuestros bienes y vuestra sangre en el ejercicio de mis derechos y en el cumplimiento de mis deberes.

#### Estatua de la Victoria alada del museo de Brescia.

La ciudad de Brescia posee desde hace algunos años los dos museos indispensables para toda población italiana, á saber: una pequeña colección de cuadros, legada por el conde Pablo Tosi, y llamada Pinacoteca municipal, y otra pequeña colección de objetos antiguos elevada á la dignidad de Museo patrio. En el sitio donde se eleva hoy este último museo, no habia en 1822 mas que una columna antigua. Un pintor de la ciudad obtuvo del municipio que se hicieran excavaciones en torno de esta columna, y ellas dieron por resultado el descubrimiento de un templo levantado por los romanos á uno de aquellos jefes militares que la fortuna de las revoluciones elevaba á emperadores, y que de emperadores ascendían á dioses. Si de lo alto del Olimpo donde le colocaron, pudiera Vespasiano mirar el templo que le consagraron antiguamente, veria á los devotos del arte acudir aun á él todos los días, no para adorar su divinidad que se ha desvanecido hace tanto tiempo, sino para admirar una estatua antigua de la Victoria, la obra capital del museo, que han construido



al lado de las ruinas del templo, y que es el orgullo de la ciudad de Brescia.

Esta *Victoria alada*, cuyo dibujo damos, es una estatua en bronce, de una fundición fina y delgada, en la cual se hallan algunas señales de dorado; tiene 2 metros de altura. Como figura alegórica es del estilo mas hermoso que puede imaginarse; la cabeza y las extremidades presentan el gusto del arte griego en su mejor época. No obstante, el hábil estatuero que ha hecho la restauración de que hablaremos luego, ha podido observar ciertos detalles de un gusto menos severo y menos puro, como verbigracia, ciertos pliegues de los paños que no se armonizan bastante con la forma.

En la última campaña de Italia el emperador, visitando el museo de Brescia, admiró la estatua de la *Victoria alada*. La ciudad de Brescia, contentísima al verse libre del yugo extranjero, quiso en muestra de gratitud ofrecer al emperador una copia de esa Victoria que jamás había sido reproducida. ¡Cosas singulares del destino y de la historia! Quizá esa figura fué ejecutada en conmemoración de las victorias alcanzadas contra los galos y los bátavos de Civilis en los últimos años del reinado de Vespasiano, y hoy vuelve á los galos modernos como un testimonio de gratitud de la Italia, por haberle ayudado á rechazar una última oleada de esos bárbaros del Norte, que desde hace tanto tiempo conocen el camino de sus fértiles campiñas, y que ella sola no podía expulsar de su seno.

Una vez en París los vaciados de la *Victoria alada*, su restauración fué confiada á M. Guillaume: excepto los dedos que faltaban, esta figura, hallada en 1826 en los escombros, estaba entera, si bien había sufrido algunas alteraciones, pues se hallaba inclinada adelante á la izquierda, el brazo derecho estaba aplastado y un pié se quedaba en el aire... El jóven y hábil estatuero, procediendo con un cuidado minucioso, ha restablecido el aplomo conservando toda su integridad á la forma. La rígida magrura de las alas que carecen de modelado, es uno de los detalles de esa estatua que no dejará de excitar la sorpresa por el contraste que presenta con la abundancia y la pesadez de las alas, que se nota en las obras de los escultores modernos. El escudo que la Victoria tiene en la mano izquierda en actitud de inscribir en él los nombres de los vencedores, es una restauración interpretativa, justificada por los bajo-relieves antiguos y las medallas.

La copia restaurada de la *Victoria alada* va á ser vaciada en bronce, y de los tres ejemplares que se deben hacer, sin duda se destinará uno al museo del Louvre, donde el público podrá admirar ese hermoso resto del arte antiguo.

A. J. D. P.

## UNA HISTORIA INGLESA.

### PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

Ursula consintió en que tomaran la niña.

Animada por la voz de su padre, Muriel abrió los ojos.

El doctor Jessop pasó varias veces la luz por delante de su cara... y tan cerca que casi la tocó la llama, pero los ojos de la niña continuaron inmóviles.

— ¡Doctor! murmuró el padre negándose á creer todavía la horrible verdad.

Y luego tomó la luz y comenzó á repetir él la prueba del facultativo.

— No ve nada... ¿será ciega?

— ¡Ha nacido ciega!

Sí, aquellos lindos ojos estaban cerrados á la luz.

Dejando aparte la falta de expresión de que he hablado ya, la organización exterior era perfecta; pero tenían un vicio de configuración: la pobre niña no había visto nunca; nunca debía ver en el mundo.

¡Ciega! Esta palabra se pronunció en voz muy baja, pero la madre la oyó. Entonces tomó á su hija en los brazos, y con aire incrédulo se puso á examinar atentamente aquellos ojos que no podían ver ni su angustia, ni su amor.

¡Pobre madre! Al cabo lanzó un grito penetrante y cayó con su niña en los brazos de John, derramando un torrente de lágrimas.

John sin desplegar los labios la estrechaba sobre su corazón, y cuando la vió un poco calmada, la dirigió algunas palabras de consuelo — recordándole la sumisión que todos debemos á la voluntad de Dios.

— Y el sentimiento es para vosotros mas que para la niña, dijo la buena Mrs. Jessop enjugándose los ojos. Nunca podrá sentir lo que no ha conocido... mirad cómo descansa sonriendo.

— Mas ¡ay! la pobre madre no podía consolarse fácilmente. Iba y venía sin cesar meciendo á su niña en sus brazos. No hablaba, pero sus lágrimas corrían abundantes. Poco á poco se calmó, como si hubiese temido que su dolor turbara el reposo de la niña dormida sobre su seno.

Alguien se acercó á ella y con suavidad la hizo que se sentara en un sillón. Era mi padre que se sentó también, y tomando su mano, la dijo:

— No te aflijas, Ursula; yo tenía un hermanito ciego, y fué la criatura mas feliz que he conocido en el mundo. Y mi pobre padre suspiró.

Todos estábamos sorprendidos con la dulzura y aun la ternura que de repente demostraba.

— Dame la niña un instante.

Ursula puso su hija sobre las rodillas del anciano.

— ¡Dios la bendiga! Sí, será dichosa, exclamó poniendo su mano sobre la niña.

Estas palabras pronunciadas con toda la seguridad de las bendiciones proféticas de los antiguos patriarcas, nos llamaron á todos la atención.

Miramos á la niña con respeto como si la mano misteriosa que había cerrado sus ojos para siempre la hubiese rodeado al mismo tiempo con una aureola de santidad.

— Ahora, hijos míos, debo volverme á casa, dijo mi padre.

John y Ursula no trataron de detenerle.

En efecto, era mejor que los pobres padres se quedaran solos.

— Volveréis pronto ¿no es verdad? exclamó Ursula estrechando la mano á mi padre.

— ¡Quizá!... Sé una buena mujer para tu marido, hija mía, y tú, John, no seas duro con ella, ni demasiado severo con sus defectillos... ¡es tan jóven!...

Y suspiró. Se conocía que pensaba en otra que no era Ursula.

En el camino no me dirigió la palabra mas que una ó dos veces, y para hablarme de cosas que me extrañaron, de cosas que yo había dicho y hecho en mi infancia, y que yo no sabía que él conociera.

Llegados á casa le pregunté si deseaba que me quedara con él hasta el momento de acostarse.

— No, no; pareces estar cansado, y tengo que escribir una carta. Anda á recogerte.

Le dí las buenas noches, y ya me retiraba, cuando me llamó y me preguntó:

— ¿Qué edad tienes, Phineas? ¿Veinte y cuatro ó veinte y cinco años?

— Veinte y cinco, padre mio.

Me puso una mano en el hombro y me miró con ternura.

— Debes tratar de fortalecerte para que vivas tanto como tu padre. Buenas noches, hijo mio.

En medio de la noche Jael entró en mi cuarto, se sentó á los piés de mi cama y me miró largo rato.

Yo había soñado con mi infancia, con mi padre y con mi madre.

Lo que Jael me contó por grados y con tanta dulzura como cuando yo era muy niño me pareció tan inverosímil, que al principio me imaginé que todo aquello formaba parte de mi sueño.

A las diez, despues de haber cerrado la casa como de costumbre, había entrado á decir á mi padre que era hora de que se acostara.

Mi padre no la respondió; estaba de espaldas á la puerta muy ocupado en escribir.

Jael hubo de retirarse.

Media hora despues volvió y le vió en el mismo punto con la cabeza apoyada en la mano izquierda, y en la derecha una pluma... parecía estar mirando con atención lo que había escrito.

En el papel no había mas que estas palabras:

• « Mi querido amigo...

» Mañana estaré...

Pero aquí su mano se había detenido para siempre.

¡Oh! Mi querido padre... ¡Al otro día estabas con Dios!

### XXIII.

Era el año de 1812.

Yo había vivido diez años en la casa de mi hermano adoptivo.

John me llevó á ella el día de los funerales de mi padre, suplicándome que no me separase nunca de él.

Las circunstancias no habían tardado en demostrar que desde hacia largo tiempo los beneficios de la tenencia eran casi nulos.

La Providencia libertaba así á John de un lazo de que jamás se habría libertado él en tanto que mi pobre padre hubiese vivido. Era necesario para el mantenimiento de nuestras dos familias que se vendiese la tenencia y que se limitasen los negocios al comercio del molino harinero.

Por aquella época murió nuestra pobre anciana Jael.

Tantos cambios, tan dolorosos todos, habían desgarrado su corazón. La enterramos á los piés de mi padre y de mi madre en el campo santo de Saint-Mary's Lane. Un montoncillo de yerba cubría á todos los que me habían amado, á todos los que yo había conocido en mi juventud.

Esto habría podido pensar yo si John y Ursula no hubiesen venido á decirme:

— Hermano, ven á vivir con nosotros.

Largo tiempo resistí, pues estoy en la idea que los esposos no deben admitir de un modo permanente en su casa una tercera persona, sean cuales fueren los títulos que esta pueda tener á su consideración y afecto. Nada debe interponerse entre ellos, ni romper la santa unidad de la vida de familia.

Yo habría deseado poder trabajar para ganar mi vida, si no hallaba medio de vivir modestamente con los restos de la fortuna de mi padre, pero John no quiso ni que hablara de este punto. Ursula tomó mi mano para jugar con la de la niña que descansaba en sus brazos; los dedos de Muriel estrecharon suavemente los míos.

— Phineas, dijo la jóven madre, mirad cómo ella también quiere que permanezcáis con nosotros.

Y accedí á su deseo.

Quizá por esta causa quería yo á la hija primogénita de John, nuestra adorada ciegucecita, mas que á todos sus hermanos y que á todo el mundo, exceptuando á John.

Mi amigo había venido á ser padre de muchos hijos; la antigua casa y el huerto resonaban ahora con los gritos alegres que daban por mañana y tarde.

El mas bullicioso de todos era Guy, nacido un año despues que Muriel. Se parecía mucho á su madre, de quien era favorito. Seguían Edwin y Walter.

Muriel era siempre para ellos la « hermana, » la única hermana; no querían otra.

Si yo pudiera encontrar un nombre para describir á esta niña, no sería el que su feliz madre la había dado al nacer, sería un nombre mas tierno aun; era mas que la Alegría; era la Paz personificada.

Sus movimientos eran lentos y tranquilos; su voz suave, la expresión de sus facciones sumamente serena. Dando vueltas por la casa, sentada entre nosotros, haciendo media junto á sus padres, ó hablando, Muriel era siempre y por todas partes la misma.

Nadie la vió jamás enfadada, agitada ó triste.

La calma de su vida no fué turbada jamás por las penas de este mundo.

Sí, fué la paz para todos nosotros desde su mas tierna infancia, y durante los diez años que nuestra pobre casa tuvo tanto que luchar y sufrir.

Por la noche cuando su padre volvía triste, cansado con el duro combate que tenía que sostener fuera de su hogar doméstico, ella se deslizaba suavemente en sus brazos, y al fin sus caricias le consolaban. Si Ursula ocupada en cumplir su laboriosa tarea y en prepararlo todo para que su marido encontrase á su vuelta un interior confortable, si Ursula, digo, elevaba un poco la voz, al instante, con solo mirar á su hija, la dulcificaba.

Nadie habría podido pronunciar delante de la niña ciega una palabra que no fuese como ella, suave y apacible. Aun creo que sus padres se hubiesen sorprendido si alguien les hubiese demostrado compasión porque tenían una hija ciega.

La primera amargura de una aflicción, que no era tal para su hija idolatrada, se había ido calmando poco á poco, hasta que al cabo no vieron mas que la bendición que había sido pronunciada sobre su hija.

En efecto, parecía estar bendita; nunca dió á sus padres la mas insignificante pesadumbre. No sufrió ninguna de las enfermedades de la infancia; nada parecía contrario á la salud y á la paz de nuestra Muriel.

Hondo recuerdo dejó en nuestra familia la primavera de 1812. La fiebre escarlatina atacó á todos; es cierto que se mostró muy benigna, pero exigió durante largo tiempo muchos cuidados, muchas precauciones, y cuando al cabo pudimos reunir á nuestros pálidos niños en el huerto, para darles una fiestecita debajo del peral, no fué sin experimentar la gratitud que sienten todos aquellos que han escapado á un gran peligro.

— A Dios gracias todo ha escapado ya, dijo John estrechando la mano de su mujer que tanto había sufrido; ahora debes pensar en tí y tratar de descansar un poco.

— ¿Yo? Me encuentro muy bien; ¿no me ha dicho esta mañana el doctor Jessop que parecía mas jóven que nunca? ¿Yo una madre de familia de treinta años de edad!... Decídmelo, Phineas, ¿represento mi edad?

Yo no podía decir en conciencia que la representara, sobre todo en aquel momento; pero el aire que tenía la sentaba tan bien, que yo veía en su rostro pálido una hermosura mas noble, mas llena de atractivos que toda la frescura de su primera juventud, y John lo veía como yo. ¡Feliz esposo! No tenía miedo de envejecer.

— Querida mía, exclamó John despues de haberla mirado largo rato, di lo que quieras, pero sé que lo harás por tus hijos... ¡Ah! ya lo sabía; ahora consiente; Phineas, iremos á pasar tres meses en Longfield.

Longfield era el sueño de todos nosotros.

Gentes muy sencillas debemos haber sido, pues ese Longfield no era mas que una pequeña granja á seis millas de Norton-Bury. Una vez fuimos á tomar té, y desde entonces siempre habíamos deseado poder vivir allí.

Es cierto que gracias á nuestros cuidados, nuestro pequeño bien se había embellecido, pero estaba situado en medio de un pueblo, y los niños suspiraban por la libertad campestre.

La siega, la cosecha de avellanas y de zarzamoras eran para ellos episodios de una vida feliz que no habían conocido sino á largos intervalos cuando su padre podía consagrarles todo un día y ponerse á la cabeza de la alegre banda.

— Hijos míos, vuestro padre dice que iremos á pasar tres meses enteros á Longfield.

Los tres niños lanzaron un grito de júbilo.

— ¡Yo echaré al agua mis barquichuelos, exclamó Guy, y montaré á caballo!...

— Yo cuidaré las gallinas y veré cómo limpian el trigo, repuso el grave Edwin.

— Y yo tendré un corderito para jugar con él, balbuceó Walter el mas pequeño, y por consiguiente el que estaba mimado.

— ¿Y qué hará mi niña? dijo el padre volviéndose hacia la jóven que acariciaba con sus torneados dedos la manga de su vestido.

— Muriel permanecerá sentada todo el día oyendo cantar á los pájaros.

— ¡Amada mía! dijo tiernamente su padre.

A veces la llamaba « su bendición » y en efecto, para él lo era.

Sí, al verla apoyar su megilla en la de su padre, mas bien parecía su ángel bueno que su hija...

Una vez decidido el ir á Longfield, John, Ursula y yo nos consultamos acerca de los medios de poner en planta la idea.

Ni unos ni otros temíamos estas deliberaciones que



siempre tenían lugar en familia. En aquella casa no había secretos; el padre y la madre solían diferir de opinión, pero no tenían mas que un solo fin, un solo pensamiento, el bien de la familia.

Así, á pesar de nuestra humilde posición, nunca habíamos sentido el lado amargo de la pobreza, y juntos la habíamos soportado todos con valor; ella nos había unido mas estrechamente los unos á los otros; ella nos había enseñado la paciencia y la mas bella de todas las virtudes, la abnegación con respecto á las personas amadas.

Pero nuestros asuntos marchaban un poco mejor ahora, y ya no teníamos que comprar tan caros como antes nuestros menudos placeres. Parecíamos pues que podíamos darnos el de ir á Longfield y aun el de procurarnos un caballo para John sin hacer otro sacrificio que el de dejar á Jenny (hoy Mrs. Jem Watkins, pero siempre nuestra cocinera), en la casa de Norton-Bury y contentarnos con una criada en vez de dos.

Ursula renunció igualmente á un vestido de seda prometido hacia mucho tiempo, y el primero despues de su matrimonio, con el cual se proponía sorprender á su marido escogiéndole de un color igual al que llevaba en la casa de las Rosas.

— Pero á todo se puede renunciar, dijo, para que los niños tengan ese placer y para que su padre pueda disfrutar de sus paseos á caballo durante el estío... ¡Oh! ¡cuánto me gustaría vivir en el campo siempre!

— ¿De veras? preguntó John con un aire que me recordó aquel con que había mirado en otro tiempo una pareja de caballos; bien se veía que habría querido darla siempre todo cuanto deseaba. Quizá, añadió, podremos vivir un día.

— Sí, cuando llegue nuestro barco, esto es, el dinero que Ricardo Brithwood no quiere entregar, y que John Halifax no quiere reclamarle en justicia. No, amigo mío, no trato de oponerme á tus ideas caballerescas, añadió con ternura; el dinero nos llegará quizá cuando menos lo esperemos, en pago de nuestra paciencia, y entonces John podrá realizar su sueño dorado de ponerse á la cabeza de la fábrica de Enderly.

John se sonrió tristemente.

Cada hombre tiene su idea fija, y Enderly era la suya hacia quince años. En eso veía el medio no solo de hacer fortuna, sino de ejercer una buena influencia que le permitiera practicar el bien.

— Querida mía, yo no seré jamás el patriarca del valle, como dice Phineas; el cercado de tilos es demasiado frondoso para mí; ¿no es verdad, Phineas?

— No, exclamó Ursula á quien habíamos contado este pequeño episodio de nuestra juventud; ya le tienes medio atravesado. Todo el mundo te conoce y te respeta en Norton-Bury. Os aseguro, Phineas, que ayer por la noche en la reunion, cuando habló en favor de los pobres y de los oprimidos, fué escuchado religiosamente y saludado con un aplauso universal.

John se contentó con sonreír; no parecía tener conciencia de su propio valor, y limitaba toda su gloria en seguir los generosos instintos con que Dios le había dotado.

— Aquí está Muriel, exclamó de repente aplicando el oído.

La niña se deslizaba á menudo sin que lo notaran en la habitación, y pronto resonaban en la casa los suaves acordes de «la voz de Muriel.» Así había dicho un vecino hablando del viejo clavicordio. Aunque muy joven aun, Muriel había sabido hallar en el instrumento sonidos armoniosos con esa prontitud y precision de oído particulares á los ciegos de nacimiento.

— ¡Qué bien toca! ¡Cuánto me alegraría poderla comprar uno de esos nuevos instrumentos que llaman pianos! El otro día examinaba yo el mecanismo de uno de ellos.

— Muriel preferiría un órgano, repuso la madre; ¡si hubieras podido ver la expresion de su rostro esta mañana en la iglesia de la abadía!

— Calla, ahora se detiene. Guy, corre y trae á tu hermana aquí, dijo el padre que habría querido tener siempre á su hija á su lado.

Guy no tardó en volver con la noticia de que habían entrado dos hombres, y que uno de ellos la había acariciado afectuosamente.

— Un señor muy guapo, exclamó, mucho mas guapo que papá.

Era esto verdad si se refería al pantalon de mahon, la casaca azul con botones de oro, y la fina corbata de batista.

John se inclinó gravemente ante este personaje, pero su mujer pareció muy sorprendida.

— Hace ya tanto tiempo que tuve el gusto de ver á miss March, exclamó, que se me figura que Mrs. Halifax me tiene olvidado.

— No, lord Luxmore; permitidme que os presente mi marido, respondió Ursula con cierta altanería, que me hizo acordar de miss March, alientaría que no sentaba mal á la madre de familia, pues aunque lord Luxmore hubiese sido un arrogante mozo en su juventud, y hubiese tenido la reputación de ser un gentleman tan perfecto como el mismo regente, sin embargo, toda mujer habría podido presentarle con orgullo un marido como John Halifax.

El noble señor no estaba muy á su gusto, pues la acogida de M. y de Mrs. Halifax, aunque cortés, fué de una frialdad suma. Parecía que no consideraban la presencia del conde de Luxmore como un alto honor para su casa, y si el rumor público tenía algun fundamento, dudo que ningun matrimonio virtuoso y honrado hubiese pensado de otra manera.

Pero el noble lord tenía, como he dicho ya, la mejor educación del mundo, y dijo con desenvoltura:

— Hace mucho tiempo que deseo trataros, M. Halifax. Mi hija me ha pedido que os haga una visita. Mrs. Halifax.

Entonces Ursula preguntó por lady Carolina Brithwood, y entoces supimos que estaba de vuelta del continente y que se hallaba en Mythe-House, donde su padre y su hermano se encontraban entonces de visita.

— ¡Oh!... disimuladme, olvidaba á mi hijo... lord Ravenel.

El joven se inclinó en silencio.

Lord Ravenel podía tener unos diez y ocho años; era alto y delgado, y tenía las facciones muy finas y los ojos muy hermosos y expresivos. En breve se acercó á la puerta del jardín á ver cómo jugaban los niños, mientras trataba tímidamente de entablar conversacion con Muriel.

— Creo que Ravenel os ha visto ya, Mrs. Halifax; su hermana le mimaba mucho en su niñez. Justamente ha concluido hace poco sus estudios en el colegio de Saint-Omer; ¿no es verdad, William?

— En el colegio católico de Saint-Omer, repitió el joven.

— ¿Qué importa eso? repuso con sequedad su padre. M. Halifax, no os imaginéis que seamos católicos. Me prometo que el futuro conde de Luxmore podrá jurar y sentarse en el Parlamento, que obtengamos ó no la emancipación. A propósito, ¿habeis apoyado el bill?

John respondió afirmativamente, aunque manifestando la opinion que pocas personas tenían entonces. Admitía la libertad de conciencia, y pensaba que todo hombre de conducta intachable tiene el derecho de servir á su país y debe ser protegido, sean cuales fueren sus convicciones religiosas.

— M. Halifax, soy de vuestro parecer, pero el pueblo no tiene mas seso que la cabeza de mi baston, — un regalo de Su Alteza Real, Mrs. Halifax, — y debe ser conducido como un rebaño. Nosotros los nobles somos sus pastores, si bien es verdad que á veces necesitamos una clase intermedia... necesitamos al menos una voz que salga de sus filas... que nos secunde... un...

(Se continuará.)

## Roma.

(Véase el número 414.)

La primera de las vistas que damos aquí de la ciudad de Roma, presenta un interés mas bien histórico que pintoresco. En el fondo á la izquierda de una de las raras palmeras de la ciudad eterna, esa blanca fachada tan poco monumental, es el Capitolio moderno edificado sobre el lugar que ocupaba el antiguo. En primer término esa ancha calle por donde se ven tan escasos transeuntes es la vía infame por la cual hizo pasar Tulia su carro sobre el cuerpo del rey su padre. A la derecha un grueso torreón cuadrado, cuyo aspecto feudal aumenta los contrastes de ese conjunto, se encuentra en comunicacion con edificios mas modernos que forman parte de un claustro contiguo á San Pedro.

Esta última iglesia, una de las mas imponentes de Roma, fué elevada por la emperatriz Eudoxia, mujer de Valentiniano III, bajo el pontificado de san Leon el Grande. Allí se enseña la cadena que pusieron á san Pedro en la cárcel de Jerusalem. Levantada nuevamente por el papa Adriano I y restaurada por Julio II, encierra el mausoleo de este último pontífice, una de las obras mas atrevidas de Miguel Angel, para quien parece haber sido forjada la palabra grandioso, si es verdad que proviene de *grande* y de *osar*. Entre varios adornos profanos se ve allí al famoso Moisés, que se tiene generalmente por la obra maestra del primer escultor del renacimiento y de los tiempos modernos.

Nuestro segundo dibujo ofrece una vista del monumento fúnebre conocido con el nombre de Pirámide de Cestius, tomada del monte *Testaccio*, una de las singularidades de la ciudad de Roma. Esa pequeña colina, cuya altura es de unos 150 metros, está formada únicamente con restos de vasijas de barro (*testa*), especie de inmundicia que estaba prohibido dejar en ningun otro lugar, principalmente en el Tiber. Las sepulturas antiguas descubiertas bajo esa masa de restos, atestiguan que la formación es posterior á la caída del paganismo. En efecto, sabido es que las leyes de la Roma pagana no toleraban ninguna inhumación en el recinto de la ciudad eterna; solo se quebrantaron por primera vez en favor de Julio César, excepcion brillante sin duda; y el monumento de Cestius se trató tambien con cierto favor cuando permitieron que se levantara en ese extremo de uno de los arrabales de Roma, donde se detuvo al Sur el recinto fortificado de Aureliano.

Las murallas de este recinto que serpentean en nuestra lámina forman á la derecha uno de los cuatro lados del cementerio protestante, cuyas tumbas se apiñan al pié de la Pirámide.

En la cara opuesta de este último monumento se eleva la puerta de San Pablo, en la que desembocan dos grandes vías; la una cuyo trazado llega al Tiber, bastante cerca de las ruinas del puente Sublicius, está indicada en nuestro grabado por un muro dividido horizontalmente por la línea blanca; la otra invisible desde el punto en que estamos colocados, baja del Aventino en la dirección del camino de Ostia.

Los terrenos y fábricas del penúltimo plano á la izquierda, pertenecen á esa misma colina del Aventino, residencia primitiva de la ciudad plebeya que hasta el tiempo del emperador Claudio no entró en el recinto sagrado de la ciudad, en ese *Pomerium*, donde nadie podía ser inhumado.

Mas arriba el horizonte está limitado por montecillos arenosos é incultos, cuyo carácter se conforma ya con el de toda la parte del *Latium* que se extiende de Roma á Ostia.

Cuando Aureliano queriendo oponer una barrera inexpugnable á las invasiones de aquellos bárbaros que nada debía contener, encerró la ciudad ensanchada en las murallas que han conservado el nombre de recinto aureliano, la puerta *Ostiensis* reemplazó otras cuatro puertas mas antiguas, que se hallaban en un punto sujeto aun á discusión entre los sabios.

La puerta de Ostia, hoy puerta de San Pablo, de la que apenas podemos aquí formarnos una idea, es de un aspecto monumental é imponente, como la mayor parte de las puertas de Roma. Su antigüedad aunque muy respetable, no llega sin embargo al tiempo de Aureliano. A mediados del siglo XVI, Belisario la hizo reconstruir á fin de poner su base al nivel del suelo de Roma, que ya entonces se había levantado considerablemente. Despues recibió muchas modificaciones, así como todo el recinto de que forma parte. Esta puerta de un carácter militar, está flanqueada de dos torreones almenados. Su parte mas antigua se compone de dos arcos interiores, disposición de que se ven muchos ejemplos en las puertas antiguas.

El nivel del terreno donde se eleva en el día esa imponente construcción, comparado con el de la Pirámide de Cestius, da una idea del inexplicable levantamiento del suelo de Roma, objeto de tantas conjeturas. Efectivamente, la puerta de Ostia fué reconstruida en gran parte, para que correspondiera á ese cambio de nivel que la hacía impracticable; — ahora bien, sus proporciones indican que al menos en ese sitio de la ciudad, el terreno no ha subido mucho desde entonces. Se conoce tambien que la Pirámide de Cestius, cuando quedó descubierta su base bajo el pontificado de Alejandro VII, debió ser desembarazada de unos quince piés de tierra, como todos los monumentos de Roma que sufrieron igual operación. Parece ser que la dificultad que zanjó Belisario sobre un solo punto se había producido entre el reinado de Augusto y el de Justiniano. No por esto se aclara la cuestión, pero al menos hay que renunciar á explicarla como se ha hecho, por los restos de edificios antiguos que habrían destruido los bárbaros y los primeros cristianos. Además, esta última hipótesis se desvanece al considerar que la enorme masa de tierra caída con tanta igualdad sobre el suelo primitivo de Roma, es tierra vegetal.

Sea como quiera, el hacendista Cayo Cestius, puesto que quería dejar una memoria, hizo bien en confiar su nombre á una pirámide, único género de edificios sobre los cuales se han mellado siempre la cimitarra de los Omars y la clásica guadaña del tiempo. Sin esa inteligente precaucion, el mundo ignoraría quizá que fué uno de aquellos *septemviri epulones* que presidían los banquetes lectisternos, aquellos festines que Roma ofrecía á los dioses para alcanzar sus gracias. Representados por sus estatuas tendidas en camas (lectisternas), los inmortales eran servidos por los oficiales epulones que nunca fueron mas de tres, en tanto que duró la república. « Pero un día, dice un manuscrito que nos parece demasiado antiguo para no ser auténtico, habiéndose mostrado los dioses menos cesarianos que en Farsala y en la jornada de Actium, Augusto pensó que sus oficiales no habían llenado convenientemente sus funciones, y para secundarlos y observarles á la vez, puso á su lado cuatro nuevos compañeros consumados en el arte de servir. No se necesitó mas para que los dioses desde aquel día fuesen los mejores convidados. »

Cayo Cestius había sido de aquella promoción de epulones por quienes se operó este milagro; en todo caso, tuvo una idea feliz en cuanto á la forma de su monumento fúnebre, del cual solo se ha perdido la estatua colosal que le adornaba, que naturalmente opuso á los devastadores menos resistencia que la Pirámide; no se halló de ella mas que un pié, que se ve en el Capitolio.

La Pirámide de Cestius que fué construida en ciento treinta días, tiene 37 metros de altura sobre 23 de anchura en cada una de sus caras. Exteriormente se halla revestida de placas de mármol blanco, de 33 centímetros de grueso. Por dentro hay una bóveda sepulcral donde se ven pinturas bastante curiosas, aunque muy deterioradas.

Lo que los italianos llaman una *villa* se compone generalmente de una habitación principal mas ó menos vasta, y de inmensos jardines donde se ven diseminadas las construcciones de utilidad y de recreo, contribuyendo todas por la elegancia de sus proporciones y por su situación á la decoración del conjunto. Tales eran ya, aunque en mayor escala, aquellas famosas villas de los gordianos y de Adriano, de las que dan tan alta idea las descripciones que conocemos.

Tambien se habla de las de Marcial y Ovidio; pero ¿cómo admitir que los poetas hayan poseído en ningun tiempo bienes considerables?

En cuanto á la villa de Adriano cuyos vestigios han permitido trazar en el papel una restauración plausible, no se debe ver en ella el tipo absolutamente exacto de las villas de la antigüedad, pues no se puede concebir nada mas singular y menos homogéneo en el conjunto y en



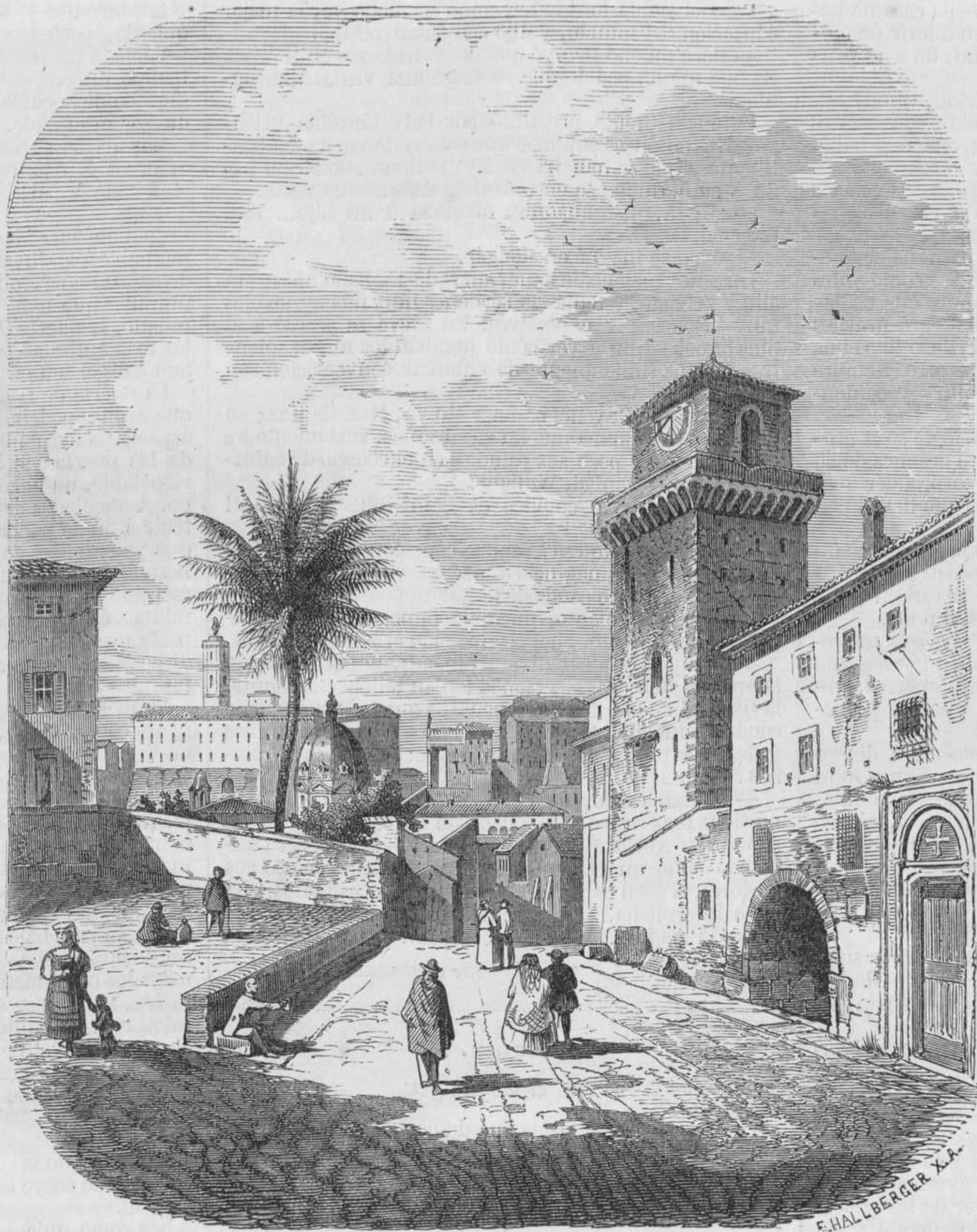
los detalles. Aquel emperador de un gusto tan refinado, aunque tan absurdo, que escribió buenos versos y no podía sufrir á Homero, había llenado su villa de imitaciones, á veces reducidas, de los monumentos que mas le habian gustado en sus viajes. Un inglés rico de hoy dia no haria otra cosa.

El tiempo, ese gran artista, corrigió ese capricho de emperador hastiado y demasiado ecléctico. Con un arte, un gusto y una paciencia que solo á él pertenecen, ha fundido aquellas disonancias; rompiendo aquí un fronton ó limando la punta de un obelisco; tendiendo allá un manto de yedra ó una franja de enredaderas ha dado á esos monumentos ruinosos una fisonomía eternamente nueva.

Este acuerdo de las ruinas del arte mas hermoso con una vegetacion siempre jóven y siempre invasora, es quizá el principal hechizo de la Italia meridional y en particular de Roma. Acaso faltaba únicamente en esa villa Pánfilí, de la que damos un dibujo, cuando hé aquí que en los últimos años, las excavaciones dirigidas con acierto sacaron á luz muchas de esas antiguas tumbas llamadas *columbaria*. Discretamente colocadas en el fondo de un bosquecillo, prestan hoy á esos magníficos jardines el ligero carácter de tristeza sin el cual no hay nada que sea verdaderamente hermoso.

Ese elegante edificio con sus terrados y su parterre, es un casino diminutivo, mas vanidoso que todas las hipérboles. Para dar una idea de la importancia de este casino y de su riqueza artística, diremos únicamente que adornan su patio de honor las estatuas antiguas de los doce Césares.

En cuanto á las demás obras de escultura que se ven en el interior y en los jardines, para



SAN PIETRO HACIA EL CAPITOLIO.

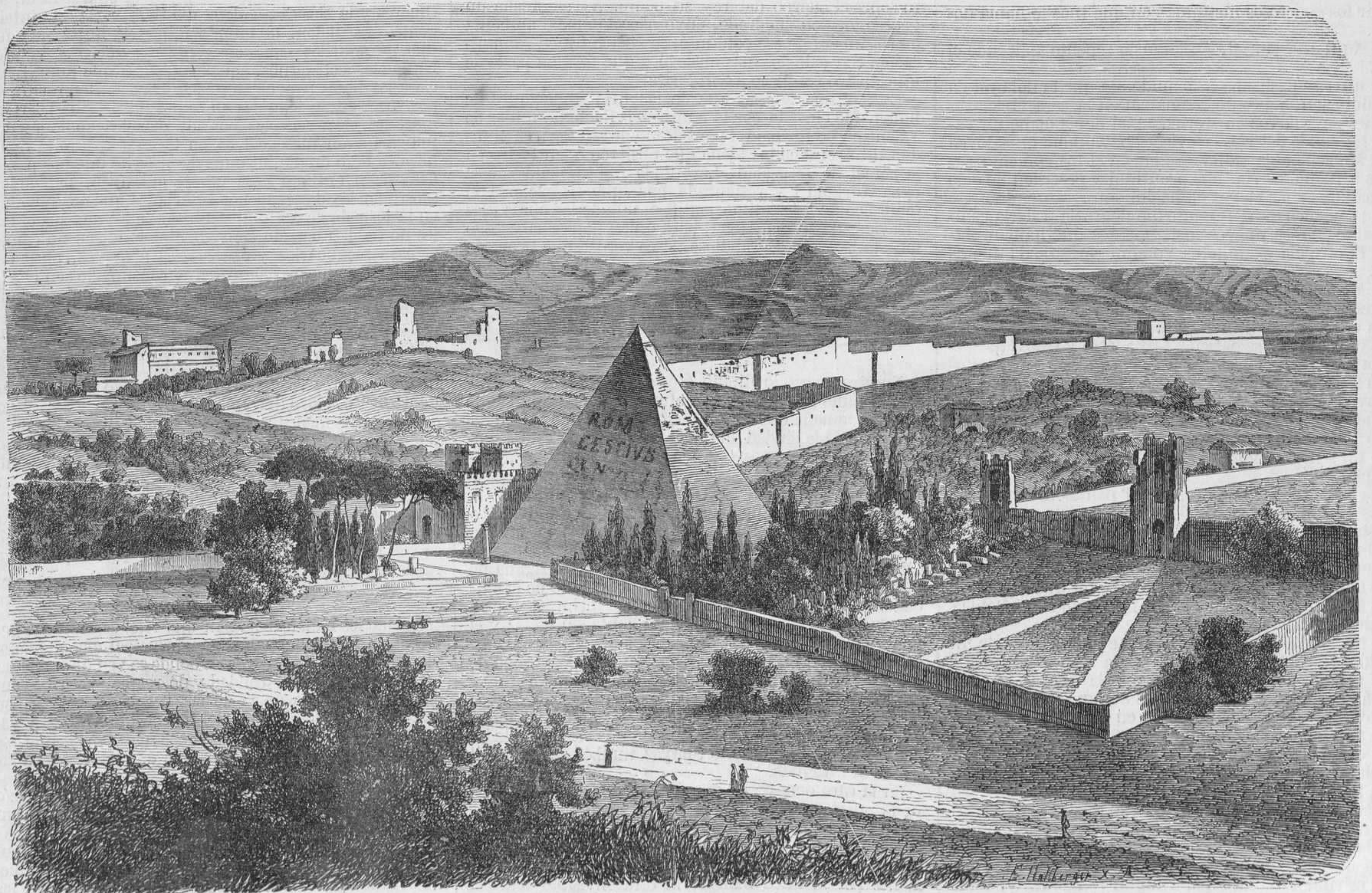
enumerarlos simplemente deberiamos llenar una de nuestras columnas.

No olvidemos las fuentes y el canal con su cascada, cuya frescura aumenta las delicias de esa preciosa residencia de verano. De allí, y sobre todo de la vista que del belvedere se extiende hasta el Mediterráneo, proviene el nombre de *Bel Respiro*, que tiene esa posesion con los de Pánfilí y de Doria, pues los Doria la heredaron de la casa Pánfilí, hoy extinguida, despues de haber brillado en la historia y dado un papa á la Iglesia.

Todo cuanto se puede decir se ha dicho ya acerca del Coliseo; ese maravilloso anfiteatro no solo sirvió de arena á los gladiadores, los mártires y las fieras, sino que tambien lucharon en él en elocuencia y erudicion los oradores, los poetas y los sabios. Por consiguiente, no haremos aquí mas que recordar al lector los detalles esenciales que se leen muchas veces y con frecuencia se olvidan.

El Coliseo tiene 1,641 piés de circunferencia exterior. La arena en donde combatian los gladiadores cuenta 285 piés de largo sobre 82 de ancho; su forma es elíptica en la medida indicada por esas proporciones. La altura total del edificio es de 157 piés. Si nuestro dibujo no da una idea de tal elevacion, es porque está tomado de la galería (*præcinctio*) del primer piso.

La decoracion exterior del Coliseo presenta una triple hilera de arcos sobrepuestos, y en medio se alza sosteniendo el friso una columna medio incrustada en el muro. El piso bajo es de orden dórico, el primer piso jónico y el tercero corintio. Encima reina un cuarto orden corintio tambien, cuyo entablamento, mas saliente que los



LA PIRÁMIDE DE CESTIVS.



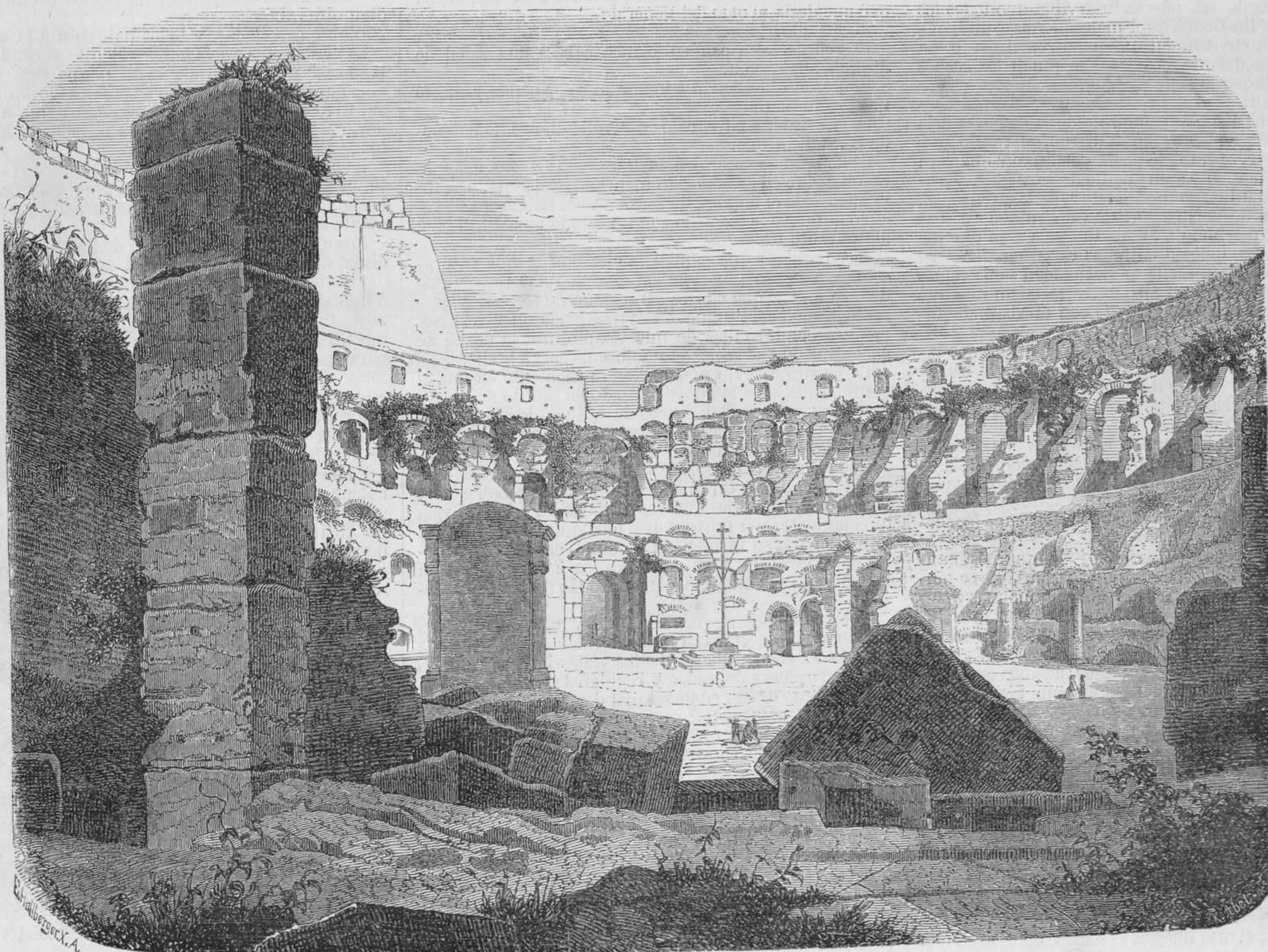


EL CASINO DORIA-PANFILL.

otros está sostenido por pilastras. Nada hay en el mundo mas ligero y mas sólido á la vez que el conjunto de esta decoracion. Dícese que fué el arquitecto Gauden-

tius, un cristiano, quien sometió á Vespasiano el primer plano de este anfiteatro, donde el cristianismo debía pagar con tanta sangre su victoria definitiva. Doce mil

judíos, prisioneros de guerra, fueron empleados en un principio en la construccion de este coloso (*colosseum*), que su vencedor Tito debía apenas ver terminado.



INTERIOR DEL COLISEO.



Aunque muy deteriorado en el año 526 por Totila y sus bárbaros, el Coliseo existía aun casi entero, al menos en su masa, en 1534. Hacia esa época, este monumento construido con los restos del palacio de Neron, suministró á su vez materiales á las nuevas construcciones de Roma, entre otras á la iglesia de San Pedro; justo, aunque deplorable cambio de las cosas del mundo, y en el cual se ve que los arquitectos de todas las épocas, incluso Miguel Angel, que tomó parte en esto, solo tienen entrañas para sí y para sus obras.

A. DE B.

## LOS AVENTUREROS.

### I.

#### FIESTA EN CASA LA MARQUESA.

Era el día de Navidad del año 1849. Bailábase al son del piano en el pequeño salon del palacio de Boistrudan. Era ya bastante tarde y el gabinete tocador de la marquesa estaba lleno. Bailar á la música del piano es una cosa muy divertida ó muy fastidiosa, segun las circunstancias. Notábanse ya grandes vacíos en el salon; el bullicio se habia trasladado al gabinete, en el cual no se jugaba ni se bailaba.

Ningun derecho tenemos para designar precisamente el sitio desde donde los corpulentos árboles del jardin del noble y gracioso palacio de Boistrudan miran el Sena. Esta metáfora, que suprime el malecon, se nos puede perdonar en favor de su gracia académica. Todo cuanto podemos decir, es que era uno de esos pequeños palacios que dan al terraplen de la orilla del rio, desde donde se admira á la vez el paisaje de los Campos Eliseos, los soberbios bosquillos de las Tullerías, la régia morada cuyos dos perfiles, dilatándose en escuadra, van á encontrar por un lado las maravillas ilustradas del Louvre, y por el otro las clásicas maravillas de la calle de Rivoli.

Paris es grande entre lo grande, y bello entre lo bello.

Esta noche, el desierto malecon de Orsay prolongaba á derecha é izquierda su via tirada á cordel y blanca con la helada. La nieve hacia resaltar las líneas griegas del palacio de Boistrudan, construido durante el reinado de Luis XIV. Cada cornisa parecia trazada, segun su claro y oscuro, por una pincelada limpia y atrevida. Las ramas de los árboles, blancas por encima y negras por debajo, dejaban ver como al través de un encaje las ventanas débilmente alumbradas de la fachada. A pesar del profundo silencio, interrumpido solamente por el sordo murmullo del rio cuya corriente retardaban los hielos flotantes, apenas se oia al exterior la alegre música de los rigodones.

¡Noches tristes para la pobreza solitaria y desnuda; noches risueñas bajo el resplandor de las arañas, en la atmósfera tibia y perfumada de la felicidad!

En el alfeizar de esa puerta inservible que todos los palacios con jardin tienen en el malecon veíase un hombre acurrucado, envuelto en un ancho ropon pardo. La puerta principal delante de la cual se sitúan los coches tiene su entrada por la calle de Lille.

El hombre dormia con la cabeza apoyada en ambas manos. El ropon, dispuesto en forma de capucho, cubria casi enteramente su cara. Sin embargo, al reflejo que despedia la nieve, se hubiese podido distinguir una cara bronceada, de facciones sumamente descarnadas, y sobre la cual caia un largo mechón de cabellos trenzados.

La marquesa de Boistrudan, que disfrutaba de una pingüe fortuna patrimonial, tenía una sola hija que pasaba como una notabilidad entre las ricas herederas del barrio de San Germain. Elena de Boistrudan tenía veinte años y era hermosa como un ángel. Hacia un mes que se habia arreglado su matrimonio con el vizconde Enrique de Villiers.

Entre el vizconde y la marquesa existían algunos lazos de lejano parentesco. Esta le conocia desde la infancia. El difunto marqués de Boistrudan, antiguo secretario de Estado de Carlos X, habia sido subrogado tutor de Enrique. Las dos familias consideraban conveniente esta union. En cuanto á la fortuna, Enrique habia sido un disipador á su primera entrada en el mundo. Hasta se habia dicho que se encontraba arruinado; pero de vuelta de sus viajes, el vizconde desempeñó de una vez todas sus propiedades; de consiguiente, respecto á las fortunas, desaparecia toda dificultad.

El vizconde Enrique rayaba en los treinta años, aunque su tez, en extremo morena, y las fatigas que se pintaban en su rostro le hacían aparentar alguna mas edad. Era de hermosa presencia y sobremanera elegante; algunos desafíos afortunados y especialmente las relaciones que hacia de ciertas particularidades de sus viajes, daban una idea aventajada de su valor; además era hombre de mundo y hablaba con sorprendente facilidad. No hacia mas que seis meses que se hallaba de regreso en Paris, y pocos vizcondes podían disputarle el cetro de la moda.

El jóven vizconde amaba con delirio á su bella prima Elena. Consultada esta relativamente al matrimonio, respondió que ninguna repugnancia sentía en ser su esposa.

Se dice que esto basta. ¿Porqué se dice eso? Estas son preguntas muy árdas. Sin embargo, hay aun otra de mucha mas difícil contestacion. ¿De dónde han salido los respetables pergaminos de los ciento cincuenta mil vizcondes que pisan el suelo de Paris?

Por lo demás, el caso nuestro es excepcional. El escudo de armas del vizconde de Villiers databa del tiempo de

las cruzadas, y verdaderamente la linda Elena no podia responder de que no le adorase.

Elena permanecia en el salon, Enrique absorbía la atencion en el gabinete de la marquesa: Elena sostenía los últimos esfuerzos del baile; Enrique triunfaba en la chimenea. Cada vez que cesaba la música del piano, la voz sonora del vizconde penetraba en el salon; las parejas mas arrimadas á la puerta recogían algunas palabras al vuelo. El interés se despertaba; todos pasaban el umbral con intencion de volver, pero se quedaban allí.

No sabríamos qué lenguaje emplear para elogiar la elocuencia de nuestro vizconde viajero.

Llegó el momento en que no quedaron en el salon mas que las cuatro parejas necesarias para bailar un rigodon. Despues se bailó una polka de bastante mala gana, y en seguida la música cesó.

Elena se sentó en el canapé con aire contemplativo.

No sabemos porqué la jóven era la única que no se sentía atraída esta noche por la palabra del vizconde.

Elena era rubia y un poco delgada, no obstante la perfecta armonía de su talla. Sus facciones eran delicadas, especialmente su boca que cuando se sonreía dejaba ver dos filas de perlas adorables. El azul de sus ojos era tan subido que parecían negros. A pesar de su elevada estatura, cuando tocaba el piano llamaban la atencion sus manos pequeñas y blancas como el marfil; jamás pisó mas lindo pisara las ricas alfombras de aquel noble barrio. Elena merecia bajo todos conceptos su reputacion de belleza. Bastaba solo ver su fisonomía inteligente y dulce para juzgarla mas buena aun que hermosa.

Peró ¿en qué pensaba mientras que el vizconde la buscaba en vano en el círculo de sus oyentes?

¿Qué hay que sea capaz de hacer meditar á los jóvenes?

Poco antes, mientras que el baile retenía aun todos sus adeptos, el piano habia cambiado de repente su tono. En vez de esa música cortada y caprichosa que indica las figuras del rigodon, un vals alemán dejaba oír sus vibraciones dulcemente acompasadas. Parecia una ráfaga de pura poesía mezclada de pronto en una página de prosa. Había en esa música apasionada una especie de drama misterioso y tierno: pesares dulcificados por la sonrisa, vagas esperanzas entre el eco discreto de las lágrimas que salen del corazon, ese encanto y ese aroma de los lejanos amores...

Elena no habia valsado; se habia puesto á escuchar con toda su alma. Hé aquí porqué la jóven meditaba.

El que tocaba era un jóven á quien Elena no conocía. Un amigo antiguo de la casa, el general O'Brien, le habia traído de la mano. Al entrar, el recién venido afectaba un aire tímido y casi adusto; pero Elena no habia notado esta particularidad. Cuando el anciano general besó la mano de la jóven, los ojos negros y hundidos del desconocido miraron á otra parte, en tanto que un ligero carmin cubria por un instante sus pálidas mejillas.

Cualquiera hubiese dicho que la vista de Elena producía en él una emocion dolorosa y dulce á la vez. Elena oyó que decia al oído del general:

— ¡Es ella!

El general hizo con su blanca cabeza una señal de discreta afirmacion.

El desconocido volvió á tomar su color pálido y afectó un aire indiferente.

— ¡La hubiese adivinado entre mil! dijo como hablando consigo mismo.

El general descubrió á la marquesa, y sin dejar la mano del jóven desconocido se dirigió hacia ella, presentándole bajo el nombre de Jorge Leslie. La marquesa recibió al nuevo presentado con un saludo amable, si bien algun tanto protector.

Hay nombres que llaman la atencion y que se presentan á la imaginacion con una singular importunidad, lo mismo que ciertos cantos que no pueden alejarse de la memoria y que se van repitiendo sin advertirse. Elena se admiró mas de una vez durante la noche de encontrar en sus labios el nombre de Jorge Leslie.

La jóven no le vió mas que en el momento en que el piano, como si se le hubiese dotado de pronto de un alma, se puso á recitar el vals de Weber. Elena levantó entonces los ojos y reconoció en el que tocaba á M. Jorge Leslie. Elena lo habia presentado.

La jóven se habia sentado en un divan desde el cual podia descubrir á un mismo tiempo á Jorge Leslie y al vizconde Enrique de Villiers, su novio: á Jorge le veía directamente, y á Enrique por medio de un espejo que le presentaba su imagen. El absoluto contraste que existía entre estos dos hombres resaltaba á la vista de una manera tan patente que Elena no pudo menos de advertirlo.

Enrique era de elevada estatura, y cada uno de sus movimientos revelaba la natural gracia del hombre de mundo. El color tostado que los viajes habian impreso en sus facciones delicadas y regulares no le quitaba lo mas mínimo de esa cualidad mal definida que se ha dado en llamar la *distincion*, y que consiste algun tanto en llevar ese sello uniforme de los jóvenes actores de teatro y de los héroes de novela; de suerte que podría decirse que la palabra *distincion* es una anáfrasis, lo mismo que el apodo de *diosas propicias* dado por el miedo á las furias antiguas. La palidez es el primer y el mas indispensable elemento de esta distincion tan codiciada. El vizconde Enrique llenaba suficientemente esta regla; tenía las facciones aguileñas, ojos vivos, brillantes y notablemente expresivos; su conversacion era fácil y amena, su voz grave y su porte altivo; sus cabellos negros, echados atrás con negligencia, descubrian su bonita frente. Entre cien baronesas de todas edades ne se hubiese encontrado una sola que dejase de confe-

sar que el vizconde Enrique era un galante caballero

Elena hacia como los demás encontrándole bello y seductor. La idea de ser su esposa le inspiraba una especie de placer tranquilo y mezclado de orgullo; así es que se decia: «No hay duda que esto es amor...»

El otro, el jóven del vals, parecia á primera vista como mortificado en su frac negro; su cuello, demasiado musculoso, torcia su corbata blanca; era ancho de hombros, y sus manos, aunque bellas, eran grandes hasta el punto de hacer dudar que fuesen capaces de arrancar sonidos tan delicados al instrumento que tocaba. Su fisonomía, vigorosamente caracterizada, no tenía la *distincion* de la de Enrique. Era una frente ancha y montuosa; su cráneo, que ofrecía una anchura considerable, estaba cubierto de un espeso forro de cabellos leonados cortados junto á la piel. ¿Habeis visto esas grandes cabezas de los presbiterianos del tiempo de Cromwell? La cabeza de Jorge estaba así modelada. La línea de las cejas, perfectamente marcada, presentaba una curva tan pura que se hubiesen podido colocar encima de la dulce mirada de una mujer. Sus ojos grandes, aunque un poco demasiado hundidos, estaban rasgados generosamente, si bien sus rayos parecían algun tanto apagados.

Los domadores de serpientes poseen esas pupilas profundas y empañadas.

Tenía los pómulos bastante pronunciados; su recta nariz, si bien algun tanto levantada, parecia haber salido del cincel de un artista griego, mientras que la expresion de su pequeña boca, cuyo labio inferior era un poco saliente, daba á su fisonomía un carácter de valor y de voluntad indomables.

Es mas que probable que la hermosa Elena no habia observado estos pormenores tan detenidamente como nosotros. Su impresion se habia reducido á lo siguiente: «¿Es posible que dos hombres de una misma estatura, ambos jóvenes y bellos, puedan ofrecer un aspecto tan diferente como el que se nota entre el vizconde Enrique de Villiers y M. Jorge Leslie?»

Elena se habia hecho esta pregunta durante el vals.

Concluido este resonaron grandes aplausos en el salon; era justicia. Las manos de la jóven permanecieron ociosas olvidando el deber como dueña de casa, deber que Elena conocia mejor que nadie.

Cuando M. Jorge Leslie, aturrido y confuso ante los cumplimientos de la reunion, balbuceó: — Me habia dedicado antes á la música... pero hace ya tanto tiempo... Elena no vió en esta respuesta sino la necia vanidad disfrazada, y se dijo:

— ¡Es un artista!

Palabra cruel, y que en manera alguna nos dice en qué estaba pensando la encantadora Elena en la soledad del salon, abandonada por los bailarines.

La jóven meditó largo tiempo, hasta que un clamor repentino que salió del gabinete la hizo volver en sí sobresaltada.

— ¡Ah! ¡hola, hola! decían, ¡esto es ya demasiado!...

— Los viajeros disfrutan de ciertos privilegios, añadian otras voces

Oíanse carcajadas, y todos hablaban á la vez.

Es verdad que Elena habia salido de su contemplacion, pero casi no oia esta algazara. Permanecia sentada en el canapé, inmóvil y como alelada. Al levantar la cabeza, tuvo la conciencia del vacío que habia á su alrededor, en tanto que observaba la mirada de Jorge Leslie fijada sobre ella.

Elena sentía que se le oprimía el corazon; una angustia desconocida la sofocaba y se puso muy pálida. Jorge Leslie, al contrario, se volvió encarnado y apartó vivamente su vista de la jóven.

Jorge estaba de pié enfrente de Elena, recostado en el dintel de la puerta que salía al salon.

Al cabo de algunos minutos, Elena se levantó confusa é irritada consigo misma por la emocion que experimentaba. Un vivo encarnado reemplazó la palidez de sus mejillas cuando vió que tenia que pasar junto á Jorge para irse á refugiarse al lado de su madre. Aun cuando Jorge no miraba hacia aquella parte, se hubiese dicho que adivinaba lo que estaba pasando en el interior de la jóven, pues con la tímida cortedad de un jóven escapado del colegio se perdió en seguida entre la multitud de oyentes del vizconde.

Elena corrió hacia su madre que ni siquiera habia notado su ausencia.

— Hermosa prima, dijo Enrique de Villiers al verla, me gustaria saber si participais de la incredulidad general.

Nunca se coge desprevenidas á esas niñas encantadoras que á la edad de seis años, en su muñeca vestida de princesa, balbucean ya el lenguaje evasivo del gran mundo.

— Cuando mamá me permitió leer á Walter Scott, primo, respondió la jóven, me divertí tanto que nunca me ocurrió preguntarme si todas esas interesantes aventuras eran verdaderas ó hijas de la invencion.

El vizconde saludó. Jorge Leslie habia ido á colocarse junto á la chimenea. Al oír la voz de Elena se estremeció y se puso la mano en la frente: su mano estaba helada, pero su frente ardía.

— ¡De buena gana pasaria mi vida escuchando á mi primo! dijo la marquesa de Boistrudan con conviccion; ¡se han oído nunca historias semejantes!

— Si M. de Villiers quisiese publicar esto, añadió un vizconde que habia dado á luz algunas poesías sueltas en *la Moda*, obtendria un éxito loco.

— ¡Extravagante!

— ¡Llegaria á veinte ediciones, como M. d'Arlincourt!

Enrique se sonrió con orgullo.

— No cuento mis viajes sino á mis amigos, respondió.



Escribir, es hablar con el lector. Encuentro el mundo de los lectores demasiado soso para hablar con él.

Al decir esto, dejó la actitud de orador que había conservado hasta ahora é hizo ademán de sentarse. Un movimiento de desengaño corrió de grupo en grupo.

— Ya lo veis, primo, exclamó la marquesa; ninguno de los presentes se da aun por satisfecho.

— ¡Una historia, vizconde, una historia! dijeron tres ó cuatro dulces voces de mujer.

— Cuando os refiero lo que he visto, lo que mis ojos han visto, gritais: ¡eso es exagerado, eso no es verdad!... ¡Pobres parisienses! Ya se ve, como nunca habeis perdido de vista las torres de San Sulpicio, á no ser para hacer una expedición á Wiesbaden ó para pasar el tiempo de la siega en vuestras propiedades, por eso sois naturalmente incrédulos...

— Efectivamente esta es la causa de nuestra ignorancia, interrumpió una vizcondesa sonriendo; os ofrecemos nuestra *mea culpa*, pero contadnos una historia.

— ¡En adelante lo creeremos todo! añadieron los demás formando coro.

— Si hubiese aquí alguien que pudiese atestiguar lo que digo, sería una satisfacción para mí... pero os hablo de costumbres tan absolutamente desconocidas...

— No lo jureis, vizconde, dijo el general O'Brien tocándole el hombro por detrás.

— ¡Bah! hizo M. de Villiers, ¿venis también de las montañas Verdes, querido amigo?

— No, pero he visto á uno que ha llegado de allí hace poco, replicó el general, y digo esto con tanto mas placer, en cuanto que sus relaciones concuerdan exactamente con las vuestras.

Las facciones del vizconde Enrique se contrajeron imperceptiblemente en tanto que preguntaba:

— ¿Cómo se llama vuestro viajero?

— Jorge Leslie, respondió el general.

Elena que estaba sentada al lado de su madre se volvió de repente y á su pesar para mirar á Jorge. Los ojos del desconocido que permanecía de pié é inmóvil en el rincón de la chimenea se fijaban entre tanto en el vizconde Enrique con esa tenacidad que ya conocemos. La expresión de su fisonomía era tan extraña que Elena se quedó contemplándole con la boca abierta.

— ¡Sí! exclamó la marquesa, ¿M. Jorge Leslie ha visto las maravillas de ese país?... ¿Entonces que nos cuente también sus aventuras!...

Al oír el nombre de Jorge Leslie, el vizconde Enrique respiró como si hubiese temido oír pronunciar otro. De Villiers volvió á tomar su aire risueño, y haciendo como los demás, miró al desconocido, el cual tuvo tiempo para apartar sus ojos de la persona del vizconde.

— No puedo decir nada, señora, respondió Jorge; al menos mis aventuras están referidas en pocas palabras. Fuí á aquel país en busca de oro y no lo encontré...

Estas cortas frases las pronunció como si le causasen pena y con acento tímido.

— ¡Ved lo que es la suerte! dijo el vizconde Enrique, ¡yo que no lo busqué lo encontré á capazos!

La curiosidad que el desconocido excitara por un momento se volvió á desvanecer, pues todos juzgaron que no valía la pena de ser examinada. Hay viajeros y viajeros. Este muchachon que no podía hablar sin que los colores le subiesen á la cara, fué juzgado desde luego sin apelacion. La marquesa le medio volvió la espalda, y en el momento que su hija hacia lo mismo, su mirada se cruzó por segunda vez con la de Jorge Leslie. La joven sintió un estremecimiento.

— ¡Una historia! ¡una historia! repuso el coro de las curiosas vizcondesas.

Enrique colocó sus manos bajo los faldones de su frac, cuyo ademán equivale á decir: ¡escuchad! Un murmullo de alegría corrió por todo el gabinete.

— Estoy contentísimo de tener aquí un testigo, dijo el vizconde Enrique. ¿Me permitirá M. Jorge Leslie que le pregunte en qué parte de las montañas practicó sus operaciones?

— Por ambos lados, respondió Jorge.

— ¿Al Norte ó al Mediodía del Sacramento?

— Al Mediodía y al Norte.

— ¿Entonces por todas partes?

— Por todas partes.

El vizconde Enrique se inclinó sonriendo, y desabrochándose el frac sacó una especie de puñal que estaba metido en una vaina de paja trenzada, de forma muy tosca, pero en cuyo mango de asta se veía gran profusion de adornos.

— En este caso, dijo, ¿M. Jorge Leslie debe conocer esto? Jorge adelantó el cuerpo como si hubiese querido avanzar hácia el vizconde. De pronto se contuvo y respondió con frialdad:

— Es un *golden-dagger*.

Enrique desenvainó el cuchillo; la hoja ancha y cortante era de acero, adamascada de oro. La montura era de oro macizo.

— ¡Veámoslo! ¡veámoslo! gritaron de todas partes.

Enrique presentó el cuchillo á la marquesa que lo hizo pasar de mano en mano. Cuando llegó á Jorge, este lo examinó.

— Es el *golden-dagger* de un jefe, dijo.

Como el joven pronunció estas palabras con mucha calma, nadie observó la extremada palidez de su semblante.

— ¿Qué es un *golden-dagger*? preguntó la marquesa.

— Ya lo veis, respondió Enrique, un cuchillo de oro... Las gentes que usan este instrumento son leones...

— ¡Leones y tigres!... murmuró Jorge.

— Esta es su garra, prosiguió Enrique volviendo á tomar el cuchillo de las manos del general O'Brien; voy á referiros como arranqué esta uña del león.

## II.

M. BENITO.

El mas profundo silencio reinó en seguida en torno de Enrique, en tanto que Jorge Leslie recostándose contra el enmaderamiento de la chimenea se cruzaba de brazos.

El vizconde empezó:

— La primera vez que oí hablar del *golden-fever*...

— Permittedme, interrumpió la marquesa, hablad en francés siempre que podais... ¿*golden-fever* quiere decir?...

— Fiebre de oro.

— ¡Todo es pues de oro en aquel país! exclamaron á la vez tres talentos, admirados de haber tenido la misma idea

— Gracias, primo, dijo la marquesa; continuad, os escucho.

— La primera vez que oí hablar de la fiebre de oro, me encontraba cazando el bisonte en una llanura al otro lado de los montes Alleghany, hácia el extremo del norte del Ontario. ¡Pais magnífico! Cooper ha hecho de él descripciones encantadoras; pero allí la naturaleza excede de mucho las descripciones de Cooper.

Hacia unos quince dias que habia salido de Baltimore, y no contaba volver á esta ciudad hasta la temporada de las lluvias. Me establecí en ella no tan solo por gusto, si que tambien por economía. Habia calculado que viviendo sobre el país, ó poco menos, por espacio de seis años, podría reparar las brechas abiertas en mi patrimonio. Os reis, general; sin embargo os recomiendo este sistema de buscar oro, que en nada cede á las mejores máquinas de extraer y lavar este metal, empleadas en la California.

El que nos contó los milagros del oro era un francés; nos refirió tambien el nacimiento de San Francisco, que segun dijo, salió de repente de debajo tierra tan luego como el yugo mejicano abandonó este país opulento; nos habló de las fortunas fabulosas que se habian hecho á lo largo del rio del Sacramento, y de la locura que se apoderaba así de América como de la Europa. Este sugeto que se llamaba Benito Loyn, era del pueblo de Montmartre, cerca de Paris; le tomé en clase de criado y estubo conmigo diez y ocho meses. En el dia es un *bourgeois* de Montmartre, su país natal, en donde se ha hecho propietario. Posee algunas cabañas en la calle de Saint-Denis, las cuales alquila en verano á las gentes ávidas de disfrutar de la campiña. Era un buen muchacho, si bien algo tunante, por lo que se me figura que debe desempeñar á las mil maravillas el papel de propietario.

Benito ganaba su vida en las riberas del rio San Lorenzo cazando el castor. Es una industria modesta. Cuando le dije: «Quiero ver el Oregon, la Sonora, la frontera mejicana y otras muchas cosas,» Benito me contestó como un escopetazo:

— Necesitareis un criado... Cuando me ví obligado á dejar la Francia para venir á este país, entré al servicio de un general hijo del Canadá, y estube mucho tiempo por los alrededores del fuerte Souris.... Si su señoría quiere tomar algunos informes respecto de mí, el general vive ahora un poco mas allá del Albany, en Nueva Gales...

Era un negocio de algunos centenares de leguas. Habiendo cometido la indiscrecion de preguntarle por qué motivo habia dejado nuestra querida patria, me respondió sonriendo:

— En estos diablos de países de Oeste, es muy prudente ir acompañado de un hombre que sabe mas de un oficio...

En una palabra, acepté sus ofrecimientos. El caso es, que pareciendo servirme, juntó en el camino bastantes pedacitos de oro, acunados ó sin acunar, para comprar su casucho. Era osado, ágil, embustero y ladrón. Un criado hecho por otro estilo no me hubiese convenido.

Señoras, preguntad á M. Jorge Leslie, qué papel harian nuestros ayudas de cámara parisienses en aquel país infernal.

— Nunca en mis viajes he tenido ayuda de cámara, dijo Jorge con dulzura.

Aquellas señoras estaban demasiado bien educadas para echarse á reír. No hubo mas que una cierta *frialdad*, y el vizconde prosiguió:

— Supongo que no ireis á creer que lo que me llevaba al Oeste era la idea de recoger guijarritos de oro en el fondo de los torrentes. No es que desprecie el oro, ¡Dios me libre de semejante heregia! pero la credulidad no es el defecto que mas me domina. Ni creia ni dejaba de creer los rumores que corrian. Lo que llamaba mi atencion era el drama que se representaba al otro lado del continente americano, en el que figuraban tantos locos y tantos curiosos. Quería ver esa danza marcabra de los tiempos modernos. El niño, el joven, el hombre, el anciano, la mujer, el sacerdote, pues se hablaba de ministros americanos que habian abandonado su parroquia para correr tras de las preciosas pepitas; quería ver, repito, á todas aquellas gentes delirantes sumergirse en el fondo de los rios, arañar el suelo hasta perder las uñas, desafiando el hambre y la sed, el frio y el calor, trabajando de dia y de noche, pero gozosos en su insensata exaltacion, y arrojando hasta las nubes ese gran grito de la demencia humana: ¡oro! ¡oro! ¡oro!

Esas orgías no se ven todos los dias. El Eldorado hizo en otro tiempo perder la cabeza á los españoles; la calle Quincampoix vió delirar la Francia en tiempo de Law, y todos sabeis la historia del conde de Horn, primo del regente Felipe de Orleans, que asesinó á un agio-

tista feliz en una oscura taberna de la calle de Venecia, para robarle la cartera. Estas son ocasiones que no deben desperdiciarse. Me gustan mucho las tragedias fuera del teatro.

Se nos hablaba de luchas épicas, de batallones armados de azadones, precipitándose unos contra otros y aterrorizando con sus gritos el inmenso espacio. Los indios salvajes que yo habia buscado en vano en los montes Alleghany y al rededor de los lagos, debia encontrarlos en el Oeste. Era un mundo nuevo en donde la costumbre reemplazaba á la ley, en el cual cada uno pedia justicia á su puñal ó á su carabina; un mundo valiente como la caballería, estafa como la avaricia; un mundo que lo confundia todo en su cínico materialismo, así el vicio como la virtud, el oro como la sangre.

Benito vendió su choza y sus pieles á un cazador de la llanura. Regresamos á Baltimore, en donde me equípé para mi largo viaje. Partimos en una bella mañana de otoño. Me acuerdo que el sol asomaba por detrás del cabo Carlos, que cierra la bahía de Chesapeake. Viajábamos á caballo. Antes de llegar al rio Potomac, me volví para mirar por última vez la grande y populosa ciudad que se inundaba de luz. Los buques de vapor surcaban el rio. A derecha é izquierda las locomotoras pasaban respirando precipitadamente y dejando oír de vez en cuando su agudo gemido.

— Luego que hayamos atravesado las montañas, me decia Benito, no nos molestarán esos ruidos.

Benito estaba impaciente por huir de la civilizacion; la pasion por las aventuras empezaba á dominarle.

Al anochecer del segundo dia llegamos á Marieta, en donde debiamos tomar el vapor para descender el Ohio y remontar despues el Missouri hasta el Grand-Detour, atravesando así sin fatigarnos la mayor parte del continente. El buque estaba lleno de buenas gentes que iban á probar fortuna á California. Todos esos *Jasones* americanos no hablaban sino de la nueva Cólchida y soñaban despiertos en el vellocino de oro. Allí se nos presentaba el prólogo cómico del gran drama al cual íbamos á asistir. Los emigrantes eran casi todos gentes de grandes proyectos, imaginaciones delirantes, inventores; una tercera parte pertenecian al comercio pobre de los Estados Unidos. No habia entre todos ellos ninguna cabeza digna de describirse. No exagero nada diciendo que en este vapor cada uno tenia su modo particular para encontrar oro. Naturalmente, nadie queria divulgar su secreto, pero casi todos se hallaban dispuestos á venderlo. Los unos poseian grandes cajas sólidamente cerradas, que contenian tamicas de nueva invencion, máquinas de percusion para cerner la arena, dragas, almíreces, crisoles y hornos.

Me acuerdo de un mercero de Filadelfia que llevaba consigo una pequeña brújula hada, que debia moverse siempre que se la pusiese sobre un criadero aurífero.

El cándido mercero no pedia por ella sino la friolera de un millar de duros, para poder atender á su familia.

Una noche Benito me dijo:

— Tengo ganas de ganar algunos sueldos aquí en el buque. ¿Supongo que esto no disgustará al señor?

— Si vuestra industria es honrosa... respondió.

Benito me juró por lo mas sagrado que todo comercio desleal le causaba horror.

Desde este momento le ví traficar constantemente en la despensa de los marineros y tambien en la cocina de los pasajeros. Compraba á los empleados del vapor todas las botellas vacías, de modo que mi camarote no tardó en estar atestado de ellas. Cuando le pregunté qué intentaba hacer con aquello, me respondió sonriendo:

— Ya he dicho al señor que tenia deseos de ganar algunos sueldos aquí en el buque... ¡El señor lo verá!

Advertí que desde aquel dia en adelante mi criado inspiraba cierto interés en el buque, y oí dos ó tres veces como los pasajeros cuchicheaban entre sí:

— ¡El ayuda de cámara del caballero, decian, tiene un medio... un medio infalible!

Yo tenia la costumbre de permanecer con frecuencia sentado en la regala del buque hasta muy entrada la noche, desde donde contemplaba el rio inmenso sobre el cual nuestro buque parecia deslizarse como un gigantesco trineo por encima del hielo. Cuando los pasajeros se habian retirado uno tras otro, y que la soledad reinaba en el puente sobre el cual solo quedaban los hombres de maniobra y el timonero, Benito se deslizaba fuera de la escotilla, y venia tambien á respirar la fresca. Entregábase entonces á una tarea singular. Le veia llevar una gran cesta sobre la plataforma triangular que hay detrás de la rueda. Allí sacaba uno á uno muchos objetos de su cesta, los cuales sumergia uno despues de otro en el rio por medio de un hilo bramante. Hecho esto volvía á coger su cesta que parecia pesar ahora mucho mas, y se dirigia al pequeño local donde dormia, situado no lejos de mi camarote.

(Se continuará.)

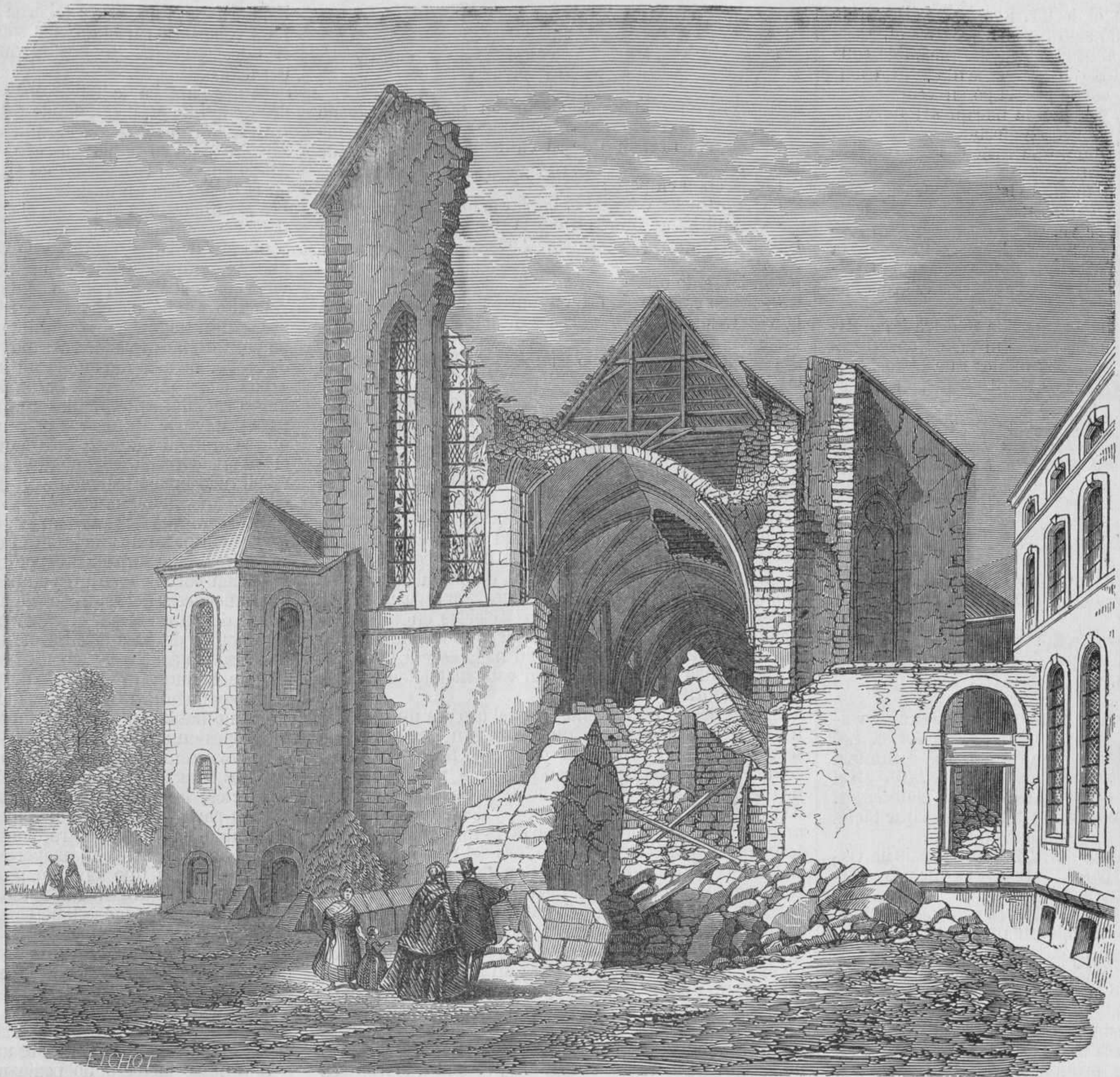
## Antigua iglesia abacial de Echternach.

La antigua iglesia abacial de Echternach, en el gran ducado de Luxemburgo, es un edificio muy curioso para la historia de la arquitectura, y el interés que los hombres del arte manifiestan por la conservacion de semejante edificio, nos ha inducido á representar aquí su aspecto exterior por el lado del coro, que es por donde la iglesia ha comenzado á caer en ruinas.

La iglesia actual ha sido levantada en el cuerpo de una antigua basílica, y la nave principal está formada por los dos muros longitudinales del monumento antiguo. Las ventanas de la hilera superior agrupadas de



tres en tres y separadas por columnillas están tapiadas, y las que se han abierto sobre las primeras apenas dejan penetrar una escasa luz que con mucho trabajo llega al suelo. En la parte inferior de los dos largos muros hay pórticos que descansan alternativamente en pilares cuadrados y en columnas de origen romano, que se presume fueron halladas en las cercanías donde se han descubierto cimientos y mosaicos decaerios romanos. Por estos pórticos dos naves laterales comunican con el cuerpo principal. Aun se ven meandros que adornan la parte superior de los muros, encima de la bóveda gótica. Los muros laterales han desaparecido, y fueron utilizados en la construcción hacia el noroeste de un pórtico y una galería, con dos campanarios. Por el lado opuesto se prolongó la nave principal. A la derecha y a la izquierda de esta prolongación se elevaban otros dos campanarios de iguales dimensiones que los dos primeros. De estos cuatro campanarios, el que se hallaba a la derecha de la portada está aun en pie. En la dirección de la parte pro-



ANTIGUA IGLESIA ABACIAL DE ECHTERNACH (GRAN DUCADO DE LUXEMBURGO).

longada, el nuevo edificio está cerrado por el coro, cuya mitad se ha hundido. Todo el edificio desde el pórtico que desapareció y fué reemplazado por otro, hasta el fronton que cierra el coro, puede haber tenido 75 metros.  
B.

### Nueva fachada

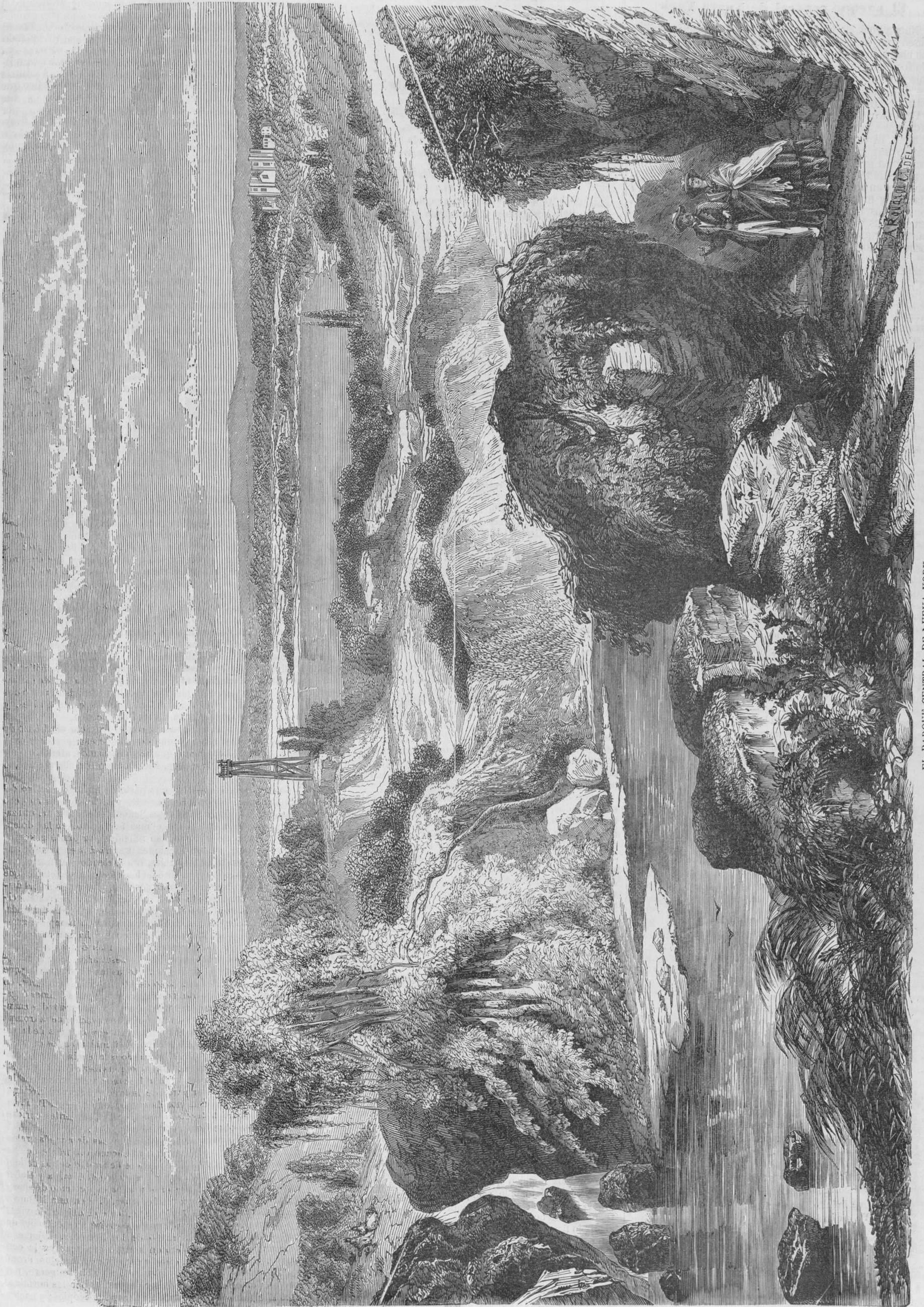
DEL PALACIO DE BELLAS ARTES EN PARIS.

En estos días últimos han quitado los andamios que han servido para elevar las nuevas construcciones del palacio de Bellas Artes en el muelle Malaquais. Una hermosa puerta será la entrada pública del nuevo palacio. Una doble escalera de piedra conducirá a la galería superior, alumbrada por el lado del Norte por doce ventanas y tres claraboyas. Por último, una espaciosa galería que según dicen estará consagrada a una exposición permanente, debe poner en comunicación las nuevas construcciones con el edificio de la antigua escuela, que ocupa todo el sitio en donde hubo antiguamente un espacioso convento.



NUEVA FACHADA DEL PALACIO DE BELLAS ARTES EN PARIS.





EL PARQUE CENTRAL DE NUEVA YORK.



### El parque central de Nueva York

Nueva York no tenía en otro tiempo mas que un solo paseo que se llamaba *la Batavia*, punto de reunión de las clases acomodadas en los días de trabajo, y del pueblo los domingos. Allí el severo cuáquero iba á meditar bajo los olmos que en el día solo dan sombra á los bancos desiertos; y allí tambien miles de extranjeritos acudían á recibir el bautismo republicano.

Pero Broad-Way ha pasado sobre Canal-street y se prolonga ahora hasta el nuevo parque, llamado parque Central. El vasto terreno en donde el arsenal sigue mostrando sus cuatro torres de ladrillos, está destinado á recibir un museo de historia natural, y es actualmente el paseo de todas las clases. Elegantes de ambos sexos á caballo y en coche, hombres y mujeres del pueblo, muchachas y muchachos, recorren esas alamedas cortadas por arroyos con bonitos puentes construidos sobre antiguas rocas que han visto la guerra de la Independencia. El parque Central será de aquí á poco tiempo el bosque de Boulogne de Nueva York. P. P.

### El mayor pesar.

¡Oh! ¡quién versos escribiera!  
¡Oh! ¡quién otra vez pudiera  
Arrojar el alma entera  
Hecha llama en el papel!

Mas aquel que en otros días  
Bisas, lloros y alegrías,  
Y horribidas melancolias  
Pintó con vivo pincel;

Y en líneas de luz y fuego  
Vacío, frenético y ciego,  
De amor su desasosiego,  
¡De su amor de juventud!

Hoy cansado, envejecido,  
Su corazón desabrido,  
Ni alcanza á dar un latido,  
Que ha perdido su virtud.

¡Sí! ¡mi corazón no ama!  
Por ningún objeto clama,  
Solo siente que lo inflama  
Su necesidad de amor.

¡Y una vida que fastidia  
Lleva, floja y con desidia,  
Sin afecto y sin envidia,  
Sin placer y sin dolor.

De amor tal vez el halago,  
Cual obra falaz de un mago,  
Miro en horizonte vago,  
Como en mi primera edad.

Mas pronto el cuadro se cubre  
De niebla que á mí lo encubre,  
Y el ojo al fin no descubre  
Ni ilusión, ni realidad.

En los días de mi infancia  
De candor y de ignorancia,  
Armonía, luz, fragancia  
Para mí la vida fué.

¡Fué mi sueño de inocencia!  
¡Después en mi adolescencia  
Penetré de amor la ciencia:  
No me amaron; mas yo amé!

¡Amé con amor violento,  
Con amor siempre en aumento;  
De mi propio sentimiento,  
De mi amor no mas viví!

Y en alto, lejos del suelo,  
Lanzando en inmenso vuelo,  
Un nuevo universo, un cielo  
Revelóse dentro en mí.

Y en sus fúlgidas regiones  
Corrí, ebrio de pasiones,  
Y de extrañas sensaciones  
Rebosó mi corazón.

¡Ah! ¡ruina irreparable!  
¡Mi corazón miserable  
Que infinito, inagotable  
Yo creí, me hizo traición!

Y hoy... lloro, sí, lloro en vano...  
¡Ah! no es mi cabello cano,  
Ni mis arrugas de anciano  
Lo que lloro sin cesar:

¡Es el fuego de la vida!  
¡Es la llama ya extinguida!  
¡Es mi facultad perdida,  
Mi gran facultad de amar!

### ¡Pobre amor tan bello!

Qual la golondrina huérfana y viuda  
Una vez su nido puso junto al mar,  
Y pasar la vieron fugitiva y muda  
Playas, ondas, cielo para no tornar;

Tal de amor la llama que encerró mi pecho,  
Cuando ya me dijo para siempre adios,  
Y hora que yo mismo busco qué se ha hecho,  
Solo la supimos, yo, la ingrata y Dios.

¡Pobre amor tan bello! fué, y tan profundo,  
Tan fatal vacío me dejó tras sí,  
Que ni mi alma tiene, ni me ofrece el mundo  
Bien que en adelante ya lo supla en mí.

¡Pobre amor tan bello! desde aquí mi alma  
Vaga en lo pasado, mira lo que fué;  
Tal el peregrino la alta, verde palma  
En el horizonte del desierto ve.

¡Ay! el vano sueño de ese amor que existe  
Es del negro olvido cierto precursor:  
Que despues que haje yo á mi tumba triste  
Ni en la ingrata misma vivirá mi amor.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

### Boletín científico

#### Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

CIENCIAS MÉDICAS. — *Propiedades, usos y aplicaciones de los acónitos.* — Las propiedades deletéreas de los acónitos fueron sin duda conocidas desde la mas remota antigüedad, pues que, segun Ovidio, parece que Medea elaboraba ya con dichos vegetales ciertas bebidas perniciosas. En muchas naciones estaba recibido el uso del acónito para dar la muerte, del mismo modo que otros pueblos lo hacian valiéndose de la cicuta. Los antiguos galos tambien impregnaban la punta de las saetas con el jugo que extraian de la raíz de las plantas en cuestion. Unas especies son mas nocivas que otras, siendo notabilísima la particularidad que nos ofrece una de ellas, el acónito antora L., que parece es el antidoto de todas las demás. A pesar de este aserto, se lee cómo Hoffmann, Solier, Lobel y Prevost afirman ser dicha planta tan nociva como las restantes del género.

El acónito napelo parece ser entre las especies europeas la mas activa; el acónito feroz entre las de países ecuatoriales. La raíz del napelo es bastante parecida á la del nabo, por cuya circunstancia se ha equivocado alguna vez con la de esta última planta, produciendo los funestos efectos que son consiguientes á tan lastimosa equivocacion. El acónito camaro disfruta idénticas propiedades que el napelo. El acónito licotono, llamado vulgarmente *matalobos*, no las tiene menos enérgicas. Se le llama así, porque los pedacitos de su raíz, envueltos ó metidos entre un poco de pan ó carne, sirven para destruir los lobos y las zorras.

Aparte de las propiedades deletéreas de los acónitos antes mencionados, hay otros ejemplos de accidentes desagradables que han producido mas de una vez. En el tomo 1º, página 29 de la *Materia médica* de los señores Merat y De Lens, se lee cómo un hombre á quien por equivocacion le dieron hojas de acónito en una ensalada, se quedó con los ojos y mandíbulas sin movimiento, el cuerpo frio y la respiracion anhelosa. Un emético y algunos cordiales le restablecieron completamente. Matiole nos dice, cómo en el año de 1531 un sugeto sentenciado á muerte tomó dos dracmas de acónito napelo, y murió á las pocas horas. Pallas refiere en su tesis presentada á la facultad de medicina de Paris, cómo de cuatro individuos que tomaron un elixir en el cual se puso la raíz del acónito, en vez de la del ligustrum, murieron tres al cabo de pocas horas, habiendo curado el otro á beneficio de un emético y de los emolientes que en seguida se le administraron interior y exteriormente. Por último, para concluir lo relativo á las propiedades deletéreas de las especies que nos ocupan, deberemos notar un hecho interesantísimo, y cuyo conocimiento puede precaver los mas desastrosos resultados. Sábese cómo las abejas elaboran el producto tan apreciable que nos suministran del néctar de las flores, es decir, del fluido segregado en estas por uno de sus órganos ó apéndices florales llamado néctar por Linneo. Pues bien, segun sea dicho fluido, así será la miel que resulte; de donde se deduce por una consecuencia necesaria que la elaborada con el néctar del acónito debe ser, y es con efecto, venenosa. Semejante dato nos aprovechará para no comer la miel de los enjambres naturales que entre las resquebrajaduras de las peñas ó en los huecos de los árboles se hallen, sin examinar antes si cerca de aquellos sitios existen acónitos. Otras plantas pueden producir idénticos efectos.

Notaremos tambien que cuando voluntaria ó accidentalmente se haya tomado cualquiera cantidad de acónito, el primer remedio debe ser un vomitivo. Si existen síntomas cerebrales, entonces es necesario sangrar al enfermo, dándole al propio tiempo aceite en abundancia y además bebidas emolientes.

A pesar de las propiedades deletéreas de las plantas que nos ocupan, han sacado de ellas muchos médicos recomendables un gran partido para curar varias dolencias. Con efecto, Storch, célebre profesor de Viena, fué el primero que

ensayó en sí mismo el acónito, y habiéndole producido el extracto de esta planta sudores continuos y generales, concibió la feliz idea de administrarla para curar los reumatismos, la sífilis y demás dolencias en que es útil provocar la diaforesis. La prescribió en su consecuencia á catorce enfermos atacados, unos de gota, otros de reumatismo y otros de sífilis. Ocho de ellos curaron radicalmente, quedando los restantes en muy buen estado, cuando publicó la Memoria en que consignaba tan importantes resultados. Varios médicos no menos célebres han visto confirmada la eficacia de dicho medicamento. Y aunque el señor Trousseau se permite negar las virtudes del acónito y efectos consiguientes en dichas enfermedades, apoyado en el débil efugio de los no felices efectos que posteriormente observaron Fourquier y Recamier, debemos sin embargo no formar por ello juicio desventajoso, ya porque no siempre nos es posible obtener resultados satisfactorios en todas nuestras investigaciones, ya por tener en contra numerosos hechos de prácticos recomendabilísimos, como son, además de los anteriormente citados, los que nos manifiestan Collin, Rosentein, Murray y Chap, que los obtuvieron muy satisfactorios.

Usase tambien el acónito napelo en los tumores escirrosos. Se prescribe asimismo en las afecciones cutáneas, segun nos dice Brera, y tambien como auxiliar del mercurio en las úlceras sífilíticas de la piel. El doctor Guignon aconseja el polvo de dicha planta en la contraccion espasmódica de la pupila y tambien en la amaurosis. El profesor Dumas le recomienda en los dolores del útero, atendiendo á las relaciones íntimas que existen entre aquella víscera y la garganta, y considerando los efectos que sobre esta parte produce el acónito. Fourquier ha dado tambien el acónito, y con feliz éxito, como diurético, en las hidropesías pasivas, cuyos felices resultados no admiten género alguno de duda. El doctor Martius manifiesta se emplea en Rusia la raíz del acónito licotono como preservativo de la rabia, cuya virtud se halla tambien consignada en la pág. 169 de la obra del señor Duchesne titulada: *Repertorio de las plantas útiles del globo.*

Respecto á las preparaciones del acónito deberemos notar, se administra en polvo, y desde medio grano hasta veinte y mas, si bien los resultados de esta preparacion no son los mas constantes. Se emplea tambien el extracto alcohólico, porque el acuoso no es muy activo, y á dosis de unas tres quintas partes de grano. La tintura alcohólica no siempre corresponde. El señor Bouchardat aconseja las gotas de aconitina, de que nos ocuparemos luego. Tiene mucha confianza en esta fórmula, y con efecto, nosotros hemos comprobado sus buenos resultados, por lo cual deseáramos que nuestros apreciables compañeros se decidieran por ella. La dosis es de uno á dos escrúpulos por día, pudiendo llegar hasta dos dracmas y media.

Las píldoras de acónito se elaboran con cinco escrúpulos del extracto alcohólico, dos dracmas y media del extracto de guayaco para cada cincuenta de aquellas, y de las cuales se administran desde una hasta cuatro en los casos de gota, reuma y afecciones sífilíticas.

Biet elabora con media dracma del extracto alcohólico de acónito y la cantidad suficiente de polvos de raíz de malva-visco cuarenta y ocho píldoras; de ellas administra una ó dos por mañana y tarde á los enfermos atacados de sífilides, y tambien á los que padecen dolores osteocopos.

Hácese tambien una pomada con el extracto alcohólico de acónito en proporcion de una dracma de este por cada onza de manteca; preparacion que recomendamos, atendidos sus buenos efectos en la ciática, friccionando con ella el trayecto del nervio.

*Gotas de aconitina.* — Con una parte del principio activo del acónito extraido conducentemente, y disuelta antes en ocho de alcohol, se forman las gotas llamadas de aconitina, utilizadas ya por Turnhull, y con el mas feliz éxito, en las dolencias del conducto auditivo, tan rebeldes por punto general.

Prescribense, ora en fricciones practicadas en la parte anterior y posterior de las orejas, ora haciendo penetrar el medicamento en lo interior. Uno de los efectos mas notables que hemos comprobado, siguiendo los acertados consejos del distinguido y concienzudo doctor Bouchardat, es el restablecimiento de la secrecion del cerumen, si se hallaba suprimida, ó su mejora de condicion. Disípase al propio tiempo el zumbido de oídos tan incómodo, que acompaña por lo regular dicha dolencia, cuando persiste por mas ó menos tiempo. Tambien se obtienen muy buenos resultados de la administracion de las gotas de aconitina en todas las circunstancias que la sordera depende del infarto de las glándulas tonsilares, en cuyo caso se administran fricciones sobre estos últimos órganos. Igualmente han producido maravillosos resultados cuando se debe aquella (la sordera) á la obstruccion de la trompa de Eustaquio, cual frecuentemente sucede despues de la escalearina y otras erupciones, como tambien en los casos en que dicho síntoma (la sordera) es consecuencia de una parálisis ó cualquiera otra enfermedad nerviosa. Por último, los dolores de oídos que con tanta frecuencia experimentan los niños, ceden la mayor parte de las veces á suaves fricciones hechas con el medicamento de que tratamos. — A. B. F.

— En el Museo de las Ciencias se leen los siguientes curiosos pormenores sobre las hormigas en Cayena:

«Cuando los europeos llegan á algunas de aquellas regiones tropicales del todo incultas, se encuentran frente de enemigos numerosos y temibles que se defienden detrás de fuertes trincheras. Malonet, antiguo ministro de Marina y Gobernacion de Cayena, refiere el siguiente espectáculo de que él mismo fué testigo. «Atravesaba el rio, dice en una Memoria, acompañado de M. de Prefontaine, con el objeto de visitar los bosques, y en medio de un llano divisé un montecillo que parecia formado por la mano de los hombres. Díjome mi compañero que aquello era un hormiguero, mas yo le contradije, creyendo que no podia ser obra de insectos. Propúsome entonces que nos acercáramos, no al hormiguero, porque esto ofrecia el riesgo de ser devorados por las hormigas, sino al camino por donde iban á hacer sus acopios; y hacién-



dolo así, encontramos una multitud asombrosa de insectos que iban y venían del bosque, de donde traían pedazos de hojas de granos y de raíces. Estas hormigas eran negras, y del mayor tamaño que se conoce; pero yo no tuve la curiosidad de examinarlas muy de cerca.

» Sus habitaciones, de las cuales me mantuve siempre lo menos á 40 pasos de distancia, tenían al parecer 15 ó 20 pies de elevación, y de 20 á 30 de base. Su forma era la de una pirámide truncada. M. de Prefontaine me dijo que cuando algún colono tenía la desgracia de encontrar uno de estos hormigueros en los terrenos que desmontaba, se veía en la necesidad de abandonarlo ó de emprender un sitio en regla, y que habiendo establecido el primer campamento de Konron, y queriendo establecer otro un poco más lejos, encontró en el terreno que había de ocuparse un montecillo semejante al que teníamos á nuestra vista, contra el cual procedió de la manera siguiente: primero hizo una trinchera circular, que rellenó con maderas secas, y después le pegó fuego por diferentes puntos, hecho lo cual atacó á las hormigas á cañonazos, destruyéndoles así su fortificación y poniéndolas en la necesidad de ahogarse entre los escombros ó de huir, atravesando un círculo de fuego.

» Estas poblaciones de insectos, añade Malonet, se alzan en masa contra cualquiera hombre ó animal que intenta acometerlas, siendo de notar que el más robusto no podría salvar la vida acometido por miríadas de insectos que tardarían muy poco en devorarlo.»

— ARQUEOLOGIA. — Dentro de una habitación arruinada, entre paredes caídas, restos de revestimientos ó estucos de vivos y bien conservados colores y trozos de un durísimo pavimento de hormigón, apareció en las excavaciones de la cantera del puerto de Tarragona, y á fines del mes de julio último, una preciosa estatua de bronce, debajo de un gran sillar, el cual, caído seguramente de muy alto al desplomarse el edificio, la había mutilado bastante, separando del tronco la cabeza, ambos brazos y un pié, y aplastando ligeramente la espalda de la figura; pero como no faltaba ninguna pieza, ha podido restaurarse de tal manera, que apenas se conocen las fracturas.

Esta estatua tiene 84 centímetros de altura, comprendido un pequeño zócalo ó pedestal, y representa un muchacho de 7 á 9 años de edad, de raza etíopica ó africana: se halla de pié, y al parecer sosteniendo algo con los brazos, probablemente una gruesa plancha, igualmente de bronce, que se encontró junto á ella fracturada, y calculamos que encima de la plancha llevaría otro objeto que no es fácil de adivinar. Según queda dicho, esta figura está de pié sobre un pequeño y lindo zócalo exagonal de bronce, de 9 centímetros de altura, descansando graciosamente su cuerpo sobre el pié y pierna derecha, teniendo algo doblada la izquierda en una bien entendida posición que puede llamarse académica. Se deja suponer, que siendo de metal está fundida y hueca interiormente: esto no obstante pesa 16 kilogramos.

La separación de la cabeza del tronco no fué ruptura, sino desoldándose, y se deja conocer fácilmente que fué fundida aparte, dejando á propósito una oquedad en el interior de los ojos, en disposición de recibir en su lugar otros de plata ó esmalte, según suelen verificar nuestros estatuarios en las imágenes de los santos. Esta estatua podría pasar por una excelente escultura si no adoleciese de algunos ligeros defectos anatómicos que disgustan á los inteligentes.

Consisten en tener el vientre bastante abultado, los muslos y pantorrillas demasiado delgados, y los piés muy largos atendida la edad que representa; mas estos defectos, que serán verdaderos defectos si comparamos este muchacho con uno de nuestra raza, desaparecen y redundan en crédito del autor, supuesto que este modeló la estatua copiando á un etiope y no á un europeo. Puede casi sin duda alguna considerarse esta estatua como perteneciente á la colonia griega que se estableció en Tarragona.

— Un leñador encontró hace pocos días debajo de una mata de retama en las inmediaciones de Pauls, provincia de Tarragona, cinco medallas muy delgadas que estaban enteradas y metidas dentro de un tubo de hierro todo oxidado. Reconocidas por el inspector de antigüedades, resulta que todas eran góticas: tres de ellas pertenecen á Egica con el reverso de Witiza su hijo y consocio, y se refieren al año 698. Varias ciudades de España acuñaron medallas en honor de estos dos monarcas, poniendo sus nombres en los reversos; las tres pues corresponden á Zaragoza, Toledo y Sevilla. La descripción de las otras dos es más interesante, tanto para los numismáticos, como para la historia; ambas son de Witiza, que comenzó á reinar solo en el año 700. La primera corresponde á Gerona, y hasta aquí no se tenía noticia de que aquella ciudad hubiese acuñado medalla alguna durante la época goda; por lo menos nada sobre el particular habla el P. M. Florez; é ignoramos exista ninguna. La descripción de la medalla es esta: anverso, ND. VVITIZA. RX. La cara del príncipe ocupa el centro de la medalla, pero tan groseramente burilada, que más bien podría tomarse por una jarra que por un rostro humano, de manera que una simple línea elíptica forma el contorno, la cruz de la corona imita el cuello del ánfora, y unas extraordinarias orejas las asas de la misma; los ojos, la nariz y la boca pueden creerse adornos grabados en ella. La inscripción del reverso dice: GERVINDA. PIVS. y en el centro una cruz encima de gradas. La G se confunde con una S: la E que le sigue es igual al *epsilon* del alfabeto bizantino, á saber, una C con una larga lengüeta que sale del centro, y la D es una espiral; por lo demás tiene el mismo tipo que las demás de su clase. La segunda medalla, igualmente inédita, lleva esta inscripción: I. D. N. N. VVITIZA; en el centro su busto mal diseñado según costumbre, y en el reverso este epígrafe: CESARAVSTA. y hay como en la anterior cruz sobre gradas. Tampoco se tenía noticia que la ciudad de Zaragoza hubiese acuñado medalla alguna á Witiza solo, esto es, mas acá del año 700 de nuestra era; de modo que así la una como la otra son de grande interés para los numismáticos como medallas desconocidas.

— BOSQUE PETRIFICADO: — En una de las últimas sesiones del Instituto geológico de Austria, ha presentado M. Haidinger un análisis razonado de un tratado escrito por M. Goppert, de Breslau, acerca del bosque petrificado que se encuentra en las inmediaciones de Adembach en Bohemia, y el cual es sin duda el más vasto y notable de cuantos se han hallado en Europa y aun en el mundo entero.

Examinando todo el procedimiento natural de petrificación, dice M. Goppert:

«El suelo está cubierto de bosques en gran parte; y cerca de los numerosos manantiales de agua, á las orillas de los bosques y campos, cementerios, caminos y sendas, es donde se descubren los troncos de árboles fósiles.

M. B. Schroll, comerciante y fabricante de Braunau, fué el primero que dió á conocer el precioso depósito de M. Goppert.

El número de troncos petrificados es enorme: en menos de una hectárea de tierra se pueden contar de 20 á 30,000 que se abarcan de una sola mirada colocándose en la cima de una colina elevada, siendo casi todos comparables con los ejemplares más hermosos que se conservan actualmente en los museos. Uno de los referidos troncos, remitido por M. Schroll á M. Goppert, tenía 2 metros de circunferencia y otros 2 y 20 centímetros de largo, con peso de 10 quintales. El diámetro más común es de 60 centímetros; los diámetros de 30 centímetros y los de 80 á 120 centímetros son unas excepciones.

La longitud media es de 2 metros, siendo raras las de 15 á 18 metros; los troncos están rotos transversalmente por lo regular.

En los más gordos se advierte en el centro, en la región ocupada por la médula, un espacio vacío de 2 á 3 centímetros de diámetro, teniendo algunos inclinados ó torcidos 3 ó 4 grados las fibras leñosas, como sucede en las coníferas de los tiempos actuales.

Todos los árboles fósiles son de la familia de las abietíneas y género de las araucariadas, muy afines de los árboles de agujas ó árboles verdes del hemisferio Sur.

M. Goppert ha dado á esta variedad el nombre de *Araucarites Schrollianus*.

En Radowentz no se nota señal alguna de los psarolitos, que caracterizan las arenas cupríferas de la formación permiana ó de las palmeras.

El bosque petrificado de que se habla es un verdadero monumento de los tiempos primitivos, enteramente descubiertos en Pondicheri, en los terrenos cretáceos, en Java, Antigua y en los desiertos de Siria y Egipto; pero estas últimas petrificaciones corresponden todas al período eoceno, cuando la de Radowentz vive indispensablemente al período carbonífero, mucho más antiguo.

M. Haidinger felicita cordialmente á su amigo el profesor Goppert por su buena fortuna de haber revelado el primero al mundo científico un hecho geológico tan extraordinario, como es la petrificación de un bosque entero en el seno de las formaciones carboníferas; gloriosa recompensa de una vida consagrada por entero al trabajo y estudio ardiente de los secretos de la naturaleza.

En la segunda parte de su obra expone M. Goppert las ideas que la teoría y la experiencia le han sugerido acerca del procedimiento de petrificación seguido por la naturaleza.

Se trata de una verdadera silicización en vasta escala. ¿Cómo ha podido producirse? Los trabajos más activos y prolongados no han conseguido descubrir silicizaciones verificadas en los tiempos modernos.

En todos aquellos tiempos antiguos que ha estudiado, ha visto M. Goppert que la sustancia vegetal ó celular, en la larga serie de sus transformaciones, se convierte primero en una masa carbonada morena, en una especie de humus, desapareciendo luego poco á poco por una descomposición cada vez más completa, hasta que llega finalmente la sílice á llenar las células que ocupaba.

En los bosques silicizados que conservan todavía el color moreno, se patentiza la presencia de la celular vegetal por medio de la coloración azul, empleando el yodo y ácido sulfúrico.

Pero más adelante desaparece y deja completamente el puesto á la sílice, que se modela en cierto modo en sus células, tomando y conservando sus formas.

Los residuos del bosque de Radowentz se hallaban ciertamente en un estado de masa ó de reblandecimiento cuando se verificó la silicización total, porque todos están comprimidos elípticamente á lo largo, y su superficie se halla incrustada de cantos rodados en mayor ó menor número de puntos.

El ácido carbónico ha sido el principal disolvente de la sílice, pero la solución estaba muy floja ó diluida; á no ser así se hubieran formado incrustaciones, como sucede actualmente y en todas partes cerca de las fuentes calizas.

M. Goppert exige para dicha transformación un período larguísimo, tanto más, cuanto que le ha sido imposible encontrar ejemplos de silicizaciones de troncos verificadas en los tiempos históricos; pero de ningún modo juzga necesario recurrir á la hipótesis, hoy muy en boga, de una duración de millones de años.

— BIBLIOGRAFIA: — *Kepleri Joannis Astronomi opera omnia*, edit. Ch. Frisch. (8 volúmenes.) Tomo 1º.

La publicación de las obras de Keplero es una empresa nacional y de la mayor importancia para la historia de la ciencia en que ocupa el autor un puesto tan eminente. El editor ha consagrado largos años á los preparativos de esta empresa, y se muestra en la ejecución de su trabajo á toda la altura que requiere el asunto, tanto por el esmero con que lo prosigue, como por la disposición que ha sabido darle. La clasificación de las cartas según las materias de que tratan, á continuación de las Memorias á que se refieren, era la única conveniente, porque en general dichas cartas son verdaderas disertaciones.

El primer volumen, que acaba de publicarse, contiene: 1º

*Prodromus dissertationum cosmographicarum seu mysterium cosmographicum*, obra de la juventud de su autor, que no contiene aun las leyes fundamentales de los movimientos planetarios, cuyo descubrimiento ha hecho época; pero al lado de los errores del tiempo, hay observaciones llenas de interés para el lector; 2º *Apologia Tychoonis contra Ursum*: 3º *Calendaria et opuscula astrologica*. Sorprende ver cómo Keplero que dió el golpe de muerte á la astrología, produjo al mismo tiempo trabajos de este género; pero en general no habla del asunto más que con desprecio, y solo considera sus profecías como puro juego de azar. Para explicar esta contradicción es preciso añadir que las indagaciones sobre la ciencia astronómica tan solo podían publicarse á costa de grandes sacrificios, y la confección de Calendarios era el único recurso de los que se entregaban á estos estudios.

— *Die Goethe, Schiller, Lessing, Herder und Wieland Litteratur in Deutschland*. — La literatura de Goethe, Schiller, Lessing, Herder y Wieland en Alemania, desde 1750 hasta 1850.

Alemania profesa un verdadero culto á sus grandes escritores. Todo un género de literatura ha tomado el nombre de Schiller: el de Goethe no es menos venerado, y es incalculable el número de obras escritas acerca de estos autores ó de sus trabajos. Se ha publicado una Bibliografía completa de esta clase de libros. Forma un volumen en 12º, y contiene una reseña de todos los trabajos publicados en Alemania con relación á Goethe, Schiller, Lessing, Herder y Wieland, de 1750 á 1850. Se mencionan todas las ediciones de sus obras, así completas como parciales, todos los comentarios, los esclarecimientos, en fin, todas las obras que más ó menos directamente refieren á sus personas ó á sus escritos. Resultan publicadas hasta aquí 11 ediciones completas de Goethe, y cerca de 300 obras acerca del mismo. Schiller ha obtenido igualmente 11 ediciones y 185 volúmenes á propósito de sus trabajos. Lessing, Herder y Wieland tienen una Bibliografía menos extensa, pero que sin embargo no deja de ser bastante larga. Este catálogo es muy interesante, ofrece curiosos detalles y noticias preciosas, entre otras la fecha exacta de la aparición de cada una de las obras de Goethe. Las buenas tablas y catálogos son más útiles de lo que parece á primera vista. No hay duda que son trabajos ingratos, sin gloria para sus autores, pero de grande interés para facilitar las indagaciones científicas ó literarias.

— *Bibliothek der angelsaechsischen Poesie*. — Biblioteca de la poesía anglo-sajónica, textos críticos revisados y acompañados de un glosario completo, por C. W. Grein, en 4 volúmenes y 2 de glosario.

Esta colección debe reunir los muchos fragmentos de la literatura sajona que en diversas épocas se han publicado en las revistas y colecciones inglesas, muy raras ya, y sobre todo muy costosas para la generalidad de los filólogos. El primer volumen contiene el *Beowulf*, obra que puede considerarse como uno de los más antiguos y más preciosos monumentos de la lengua germánica; el fragmento de *Judith y Olofernes*, paráfrasis poética del relato de la *Biblia*; la *Resurrección de Cristo*, que se ha atribuido ya á Coedmon, cuyo maravilloso talento elogia el venerable Beda, ya con más visos de verdad á Cynewulf, abad de Peterborough en 992, y que en 1006 sucedió á Aelfeage en la silla episcopal de Winchester; en fin, otras piezas menores, sacadas del manuscrito de Exeter. Ocho años de estudios preparatorios han iniciado por completo al editor en las reglas de la lengua anglo-sajona, y su publicación se recomienda tanto por lo correcto de los textos, como por la inteligente explicación de los pasajes difíciles y oscuros.

### Pieza de un juego de ajedrez regalado á Carlomagno.

En el gabinete de medallas de la biblioteca imperial de París se conservan algunas piezas de antiguos juegos de ajedrez de marfil. Diez y seis de estas piezas se hallaron antiguamente entre las alhajas de la abadía de San Dionisio, donde se han conservado durante muchos siglos bajo el nombre de *Juego de ajedrez de Carlomagno*, y la tradición aseguraba que habían sido regaladas á este emperador por el califa Harum-el-Raschid.

Pero un examen profundo, dice el conde de Bartenet en su *Tratado del juego de ajedrez*, obra de la cual sacamos estos apuntes, demuestra que con una sola excepción, no se puede señalar á estas piezas la alta antigüedad que las atribuyen, debiendo ser consideradas como obras del siglo XI. Sin embargo, no por eso dejan de ser curiosísimas para los aficionados y los anticuarios, pues se conocen pocos monumentos en marfil de la indicada época.

Distínguense primeramente dos reyes y dos reinas; uno de los reyes está en un edificio almenado, con las vestiduras reales, el cetro en una mano y sentado en su trono; dos criados sostienen los cortinajes. El otro rey está en un edificio sin almenas, que remata en forma de pabellón. Una de las reinas está igualmente en un edificio almenado y la otra en un pabellón. Es cierto que la arquitectura de la especie de pórtico que se ve en la parte posterior de estas piezas, es de estilo bizantino; pero este género de arquitectura ha subsistido mucho tiempo.

Las piezas que reemplazan las torres son tres: representan un hombre en uno de aquellos carros arrastrados por cuatro caballos de frente que los antiguos llamaban *cuadrigas*.

Los caballos están representados por jinetes cubiertos de armaduras con espada en mano y montados en caballos también con armadura.

No queda más que un peon figurado por un soldado enteramente cubierto con una cota de malla, con la espada en una mano y un gran escudo en la otra.



Las armaduras de los jinetes y el peon son idénticas a las de las figuras de la famosa tapicería de la reina Matilde que se conserva en Bayeux; son las de los caballeros normandos que hicieron la conquista de Inglaterra en tiempo de Guillermo el Conquistador á mediados del siglo XI.

Los tres alfíes están representados por elefantes que llevan uno ó dos hombres.

Por lo que precede se conoce que las quince piezas que acabamos de describir, deben ser consideradas como de una época mas reciente que la de Carlomagno.

Pero no sucede lo mismo con la última, obra de escultura que aun no se ha descrito minuciosamente y que es muy poco conocida.

Esta pieza de marfil y de un solo trozo tiene una altura total de 16 centímetros, y representa un elefante que lleva encima un ancho estrado ó *hudah*, sobre el cual se ve un personaje sentado y desnudo hasta la cintura, aunque lleva un collar, pendientes y brazaletes; en la cabeza tiene un casco ó diadema cuya base está adornada con cuatro flores de lis. Se ha roto la parte alta de este tocado; pero se puede conjeturar que era de forma cónica, según las figuras que rodean al elefante y que presentan una identidad mas completa en los adornos con la figura que está sentada. Rodea su cintura una cuerda que parece sostener unos anchos calzones atados sobre el tobillo; el *hudah* es de forma semicircular y abierto por delante. En el borde posterior se ven ocho soldados á pié, de dos centímetros y medio de altura, armados cada uno con una espada y un escudo. Son sin duda reproducciones de los ocho peones que deben guardar al rey. A cada lado del elefante hay dos caballos montados por sus jinetes, y otro delante. El traje de estos jinetes ofrece la mayor analogía con el del rey, pues como él están desnudos hasta la cintura, de donde les caen anchos calzones hasta el tobillo. Llevan igualmente collares, pendientes y brazaletes. Su tocado es un casco cónico cuya base está adornada con flores de lis. Sin embargo, en una de estas figuras está reemplazado este adorno por el *pschent*, adorno particular á los reyes persas.

Los caballos tienen sillas muy adornadas. Cada uno de los jinetes lleva en la mano un arma distinta; el elefante coge con su trompa y levanta de su caballo al jinete que está delante de él, el cual con un ademán de dolor muy bien expresado se agarra á los colmillos del animal despues de haber arrojado sus armas. Ha debido haber un hombre sobre la cabeza del elefante, pues se ve que el marfil ha sido roto. Una figura con la cabeza abajo se apoya en los colmillos.

El trabajo de esta pieza y el traje de estos personajes habrían bastado para demostrar su origen oriental, pero además hay grabado debajo en hermosos caracteres kúficos la siguiente inscripción; *Men hamel Joussouf el bahaili* (hecho por José de la tribu de Bahail).

M. Lavoix, del gabinete de medallas, asegura que estos caracteres son idénticos á los que se empleaban en tiempo de Carlomagno. Todo pues en esta pieza tiende á confirmar la tradición de que proviene verdaderamente de un juego de ajedrez regalado á Carlomagno por el califa Harun-el-Raschid.



PIEZA DEL JUEGO DE AJEDREZ REGALADO Á CARLOMAGNO POR EL CALIFA HARUN-EL-RASCHID.

#### Fábrica de papel en Argelia.

Damos un dibujo que representa la magnífica fábrica de papel que M. Rifard ha levantado en las márgenes del Arrach, cerca del vado de Constantina, á unos 12 kilómetros de Argel.

El vado de Constantina tiene alguna celebridad en los anales de la guerra argelina. En la época en que el tra-

tado del Tafna fué violado por Abd-el-Kader, los árabes le atravesaron para penetrar en el Sahel, llevando el asesinato y el incendio á los establecimientos franceses. Mas de un combate se dió en ese punto, y mas de una vez se emboscaron ahí los colonos para sorprender al enemigo que á su vuelta se llevaba los ganados.

Pero despues han trascurrido muchos años y ya todas las cosas han tomado un aspecto muy distinto. Toda esa parte de la llanura está cubierta de aldeas y caserios en plena prosperidad; y la fábrica de M. Rifard, con sus vastas proporciones, ha aumentado el movimiento que se produce en esos sitios.

Considerado como establecimiento industrial propiamente dicho, es el primero que se ha planteado en la Argelia; y bajo este concepto merece una mención particular.

El consumo de papel que se hace en Argelia es ya considerable. Sin hablar de los particulares cuyas necesidades crecen cada día, por la extensión de las relaciones de comercio y los progresos de la civilización, la administración local es un gran consumidor, que bastaría para absorber por sí sola todos los productos de una fábrica.

Ahora bien, en los primeros tiempos la Argelia era tributaria en este punto de la Francia y del extranjero. Además del precio de compra de la materia, tenía que soportar los gastos de transporte y la tardanza ocasionada por la distancia, cosas tan perjudiciales al comercio como al consumidor.

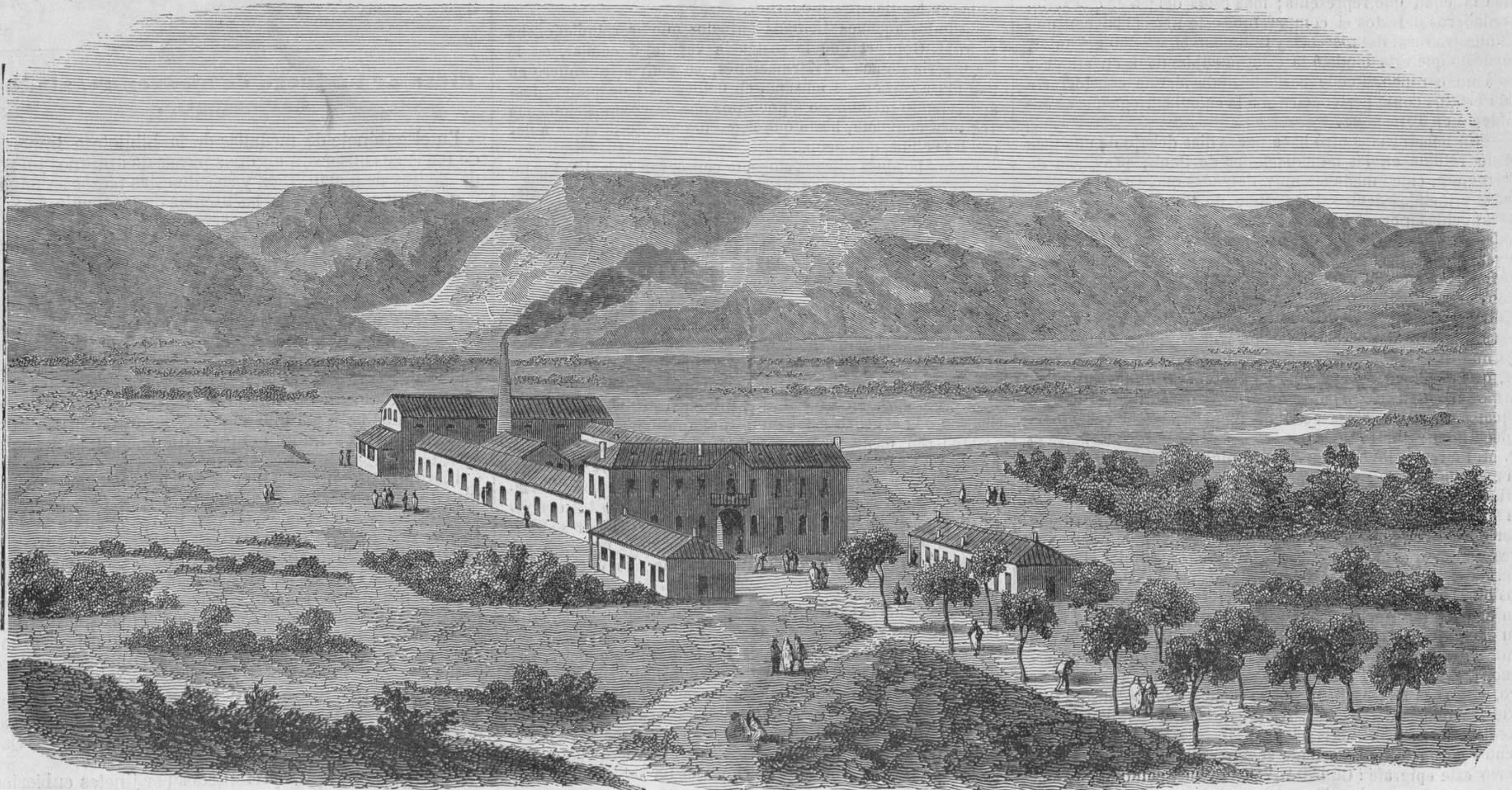
Y sin embargo, ¿qué país posee mejor que la Argelia todos los elementos necesarios para la fabricación del papel! Independientemente del trapo y los cordajes que se hallan por todas partes, posee el plátano, el aloe, la palmera enana y otras plantas hilables.

La palmera enana, plaga de los primeros colonos contra la cual luchaban tan penosamente, ha sido utilizada gracias á la industria, y en el día se vende y se saca al mercado como una mercancía que tiene su valor, pues se emplea en diferentes usos, y uno de ellos consiste en alimentar en primera línea una fábrica de papel, de modo que aquella peste de los primeros labradores ha venido á ser una riqueza para la colonia.

La fábrica de que hablamos se halla establecida, como hemos dicho, á poca distancia de Argel. Las disposiciones interiores presentan para la economía del trabajo todas las ventajas que se buscan en un gran establecimiento de este género. Así las primeras materias entran en la casa, y despues de haber pasado sucesivamente por todas las preparaciones (división de las diferentes clases de trapo, lavado y trituración), van á la máquina y salen por otra parte del establecimiento convertidas en resmas de papel.

La máquina es de las mayores que se conocen en Francia, y reúne todos los perfeccionamientos á que ha llegado este ramo de industria. Puede producir de 1,000 á 1,200 kilogramos diarios. — Hay máquinas para cortar el trapo, cilindros para satinar, y en suma, todo lo necesario para una fábrica de primer orden.

Para acabar de dar una idea de este establecimiento, diremos que las construcciones han costado 300,000 fr., y las máquinas 100,000 fr.



FABRICA DE PAPEL EN LA ARGELIA.